

BIBLIOTECA UNIVERSAL



COLECCIÓN
de los
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS
TOMO 15

DE COSTUMBRES

POR
D. MARIANO JOSÉ DE LARRA
(Figaro.)

TOMO SEGUNDO

MADRID

Editorial Hernando (S. A.),
Calle del Arenal, núm. 11.

Precio: 1,25 en toda España.

P-13

1-23

B.P. de Soria



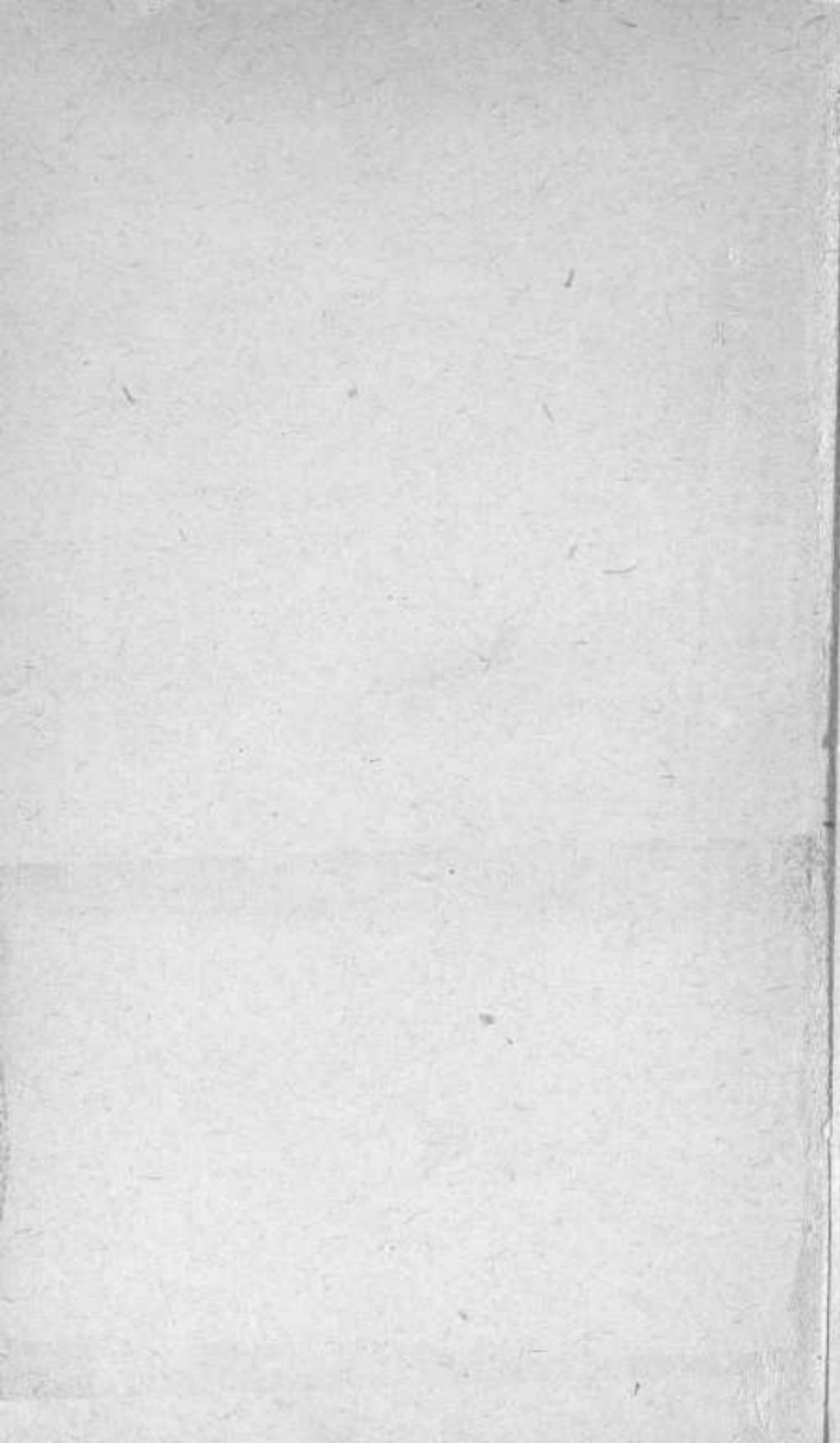
61111289

D-2 1695

11003

1695

111289



BIBLIOTECA UNIVERSAL

R. 28.

R.4.624

$\frac{9}{235}$
BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCIÓN DE LOS MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS, NACIONALES
Y EXTRANJEROS

~~~~~  
TOMO XV  
~~~~~



D. MARIANO JOSÉ DE LARRA
(Figaro.)

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

~~~~~  
TOMO SEGUNDO  
~~~~~



MADRID, 1932

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)

Calle del Arenal, núm. 11.

ES PROPIEDAD

MADRID

Imprenta de Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.)

(Fundada el año 1828.)

Calle de Quintana, núm. 31.

MODOS DE VIVIR QUE NO DAN DE VIVIR

OFICIOS MENUDOS



Considerando detenidamente la construcción moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas o carreras*, no es lo que sostiene la gran muchedumbre: descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás; los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles; los militares, que venden la suya con la expresa condición de matar a los otros; los comerciantes, que reducen hasta los sentimientos y pasiones a valores de bolsa; los nacidos propietarios, que viven de heredar; los artistas, únicos que dan trabajo por dinero, etc., etc.; y todavía quedará una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que sin embargo

existirá: su número en los pueblos grandes es crecido, y esta clase de gentes no pudieran sentar sus reales en ninguna otra parte; necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una rara superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias a la manutención de una familia, son más bien *pretextos de existencia* que verdaderos oficios; en una palabra, *modos de vivir que no dan de vivir*: los que los profesan son, no obstante, como las últimas ruedas de una máquina, que sin tener a primera vista grande importancia, rotas o separadas del conjunto, paralizan el movimiento.

Estos seres marchan siempre a la cola de las pequeñas necesidades de una gran población, y suelen desempeñar diferentes cargos, según el año, la estación, la hora del día. Esos mismos que en noviembre venden ruedos o zapatillas de orillo, en julio venden horchata, en verano son bañeros del Manzanares, en invierno cafeteros ambulantes; los que venden agua en agosto vendían en carnaval caretas y garbanzos de pega, y en Navidades motes nuevos para damas y galanes.

Uno de estos *menudos oficios* ha recibido últimamente un golpe mortal con la sabia

y filantrópica institución de San Bernardino; y es gran dolor, por cierto, pues que era la introducción a los demás, es decir, el oficio de examen, y el más fácil. Quiero hablar de la candela: una numerosa turba de muchachos, que podría en todo tiempo tranquilizar a cualquiera sobre el fin del mundo (cuyos padres es de suponer existiesen, en atención a lo difícil que es obtener hijos sin previos padres, pero no porque hubiese datos más positivos), se esparcían por las calles y paseos. Todas las primeras materias, todo el capital necesario para empezar su oficio se reducían a una mecha de trapos, de que llevaban siempre sobre sí mismos abundante provisión: a la luz de la filosofía, debían tener cierto valor, cuando el mundo es todo vanidad, cuando todos los hombres dan dinero por humo, ellos solos daban humo por dinero. Desgraciadamente, un nuevo Prometeo les ha robado el fuego para comunicársele a sus hechuras, y este menudo oficio ha salido del gremio para entrar en el número de las profesiones conocidas, de las instituciones sentadas y reglamentadas.

Pero con respecto a los demás, dígasenos francamente si pueden subsistir con sus ganancias: aquel hombre negro y mal encarado, que con la balanza rota y la alforja vieja parece, según lo maltratado, la

imagen de la justicia, y cuya profesión es dar *higos y pasas* por *hierro viejo*; el otro que siempre detrás de su acémila, y tan inseparable de ella como alma y cuerpo, no vende nada, antes compra... *palomina*, —capitalista verdadero, coloca sus fondos, y tiene que revender después, y ganar en su preciosa mercancía; ha de mantenerse él y su caballería, que al fin son dos aunque parecen uno, y eso suponiendo que no tenga más familia—; el que vende *alpiste* para *canarios*, el que pregona *pajuelas*, etc., etc.

Pero entre todos los modos de vivir, ¿qué me dice el lector de la traperera que con un cesto en el brazo y un instrumento en la mano recorre a la madrugada, y aun más comúnmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La traperera marcha sola y silenciosa : su paso es incierto como el vuelo de la mariposa : semejante también a la abeja, vuela de flor en flor (permitaseme llamar así a los portales de Madrid, siquiera por figura retórica, y en atención a que otros hacen peores figuras, que las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decía, sacando de cada parte sólo el jugo que necesita. Repáresela de noche; indudablemente ve como las aves nocturnas : registra los más recónditos rincones, y donde

pone el ojo pone el gancho, parecida en esto a muchas personas de más decente categoría que ella; su gancho es parte integrante de su persona; es, en realidad, su sexto dedo, y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y de un tacto exquisitos, palpa, desenvuelve, encuentra; y entonces, por un sentimiento simultáneo, por una relación simpática que existe entre la voluntad de la trapera y su gancho, el objeto útil, no bien es encontrado, ya está en el cesto. La trapera, por tanto, con otra educación sería un excelente periodista y un buen traductor de Scribe; su clase de talento es la misma: buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado: he ahí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la trapera es imponente: alargad el gancho, hacedlo guadaña, y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene a llamar a todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita a la meditación, a la contemplación de la muerte, de que es viva imagen.

Desde otros puntos de vista se puede comparar a la trapera con la muerte: en ella vienen a nivelarse todas las jerarquías;

en su cesto vienen a ser iguales como en el sepulcro Cervantes y Avellaneda; allí, como en un cementerio, vienen a colocarse al lado los unos de los otros : los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda; allí se reúnen por única vez las poesías, releídas, de Quintana, y las ilegibles de A.***; allí se sondea Calderón y C.***; allá van juntos Moratin y B.*** La trapera, como la muerte, *equo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres*. Ambas echan tierra sobre el hombre obscuro, y nada pueden contra el ilustre; ¡de cuántos bandos ha hecho justicia la prima!, ¡de cuántos banderos la segunda!

El cesto de la trapera, en fin, es la realización, única posible, de la fusión, que tales nos ha puesto. *El Boletín de Comercio* y *La Estrella*, *La Revista* y *La Abeja*, las metáforas de Martínez de la Rosa y las interpelaciones del conde de las Navas, todo se funde en uno dentro del cesto de la trapera.

Así como el portador de la candela era siempre muchacho y nunca envejecía, así la trapera no es nunca joven : nace vieja; éstos son los dos oficios extremos de la vida, y como la Providencia, justa, destinó a la mortificación de todo bicho otro bicho en la naturaleza, como crió el sacre para

daño de la paloma, la araña para tormento de la mosca, la mosca para el caballo, la mujer para el hombre, y el escribano para todo el mundo, así crió en sus altos juicios, a la trapera para el perro. Estas dos especies se aborrecen, se persiguen, se ladran, se enganchan y se venden.

Ese ser, con todo, ha de vivir, y tiene grandes necesidades, si se considera la carrera ordinaria de su existencia anterior; la trapera, por lo regular (antes por supuesto de serlo), ha sido joven, y aun bonita; muchacha, freía buñuelos, y su hermosura la perdió. Fea, hubiera recorrido una carrera obscura, pero acaso holgada; hubiera recurrido al trabajo, y éste la hubiera sostenido. Por desdicha, era bien parecida, y un chulo de la calle de Toledo se encargó en sus verdores de hacérselo creer; perdido el tino con la lisonja, abandonó la casa paterna (taberna muy bien acomodada), y pasó a naranjera. El chulo no era eterno, pero una naranjera siempre es vista; un caballere te fué de parecer de que no eran naranjas lo que debía vender, y le compró una vez por todas todo el cesto; de allí a algún tiempo, queriendo desasirse de ella, la aconsejó que se ayudase, y reformada ya de trajes y costumbres, la recomendó eficazmente a una modista; nuestra heroína tuvo diez años felices de

modistilla; el pañuelo de labor en la mano, el *fichú* en la cabeza y el galán detrás, recorrió las calles y un tercio de su vida; pero cansada del trabajo, pasó a ser prima de un procurador (de la curia), que, como pariente, la alhajó un cuarto; poco después el procurador se cansó del parentesco, y la procuró una plaza de corista en el teatro. Ésta fué la época de su apogeo y de su gloria; de señorito en señorito, de marqués en marqués, no se hablaba sino de la hermosa corista. Pero la voz pasa, y la hermosura con ella, y con la hermosura los galanes ricos; entonces empezó a bajar de nuevo la escalera hasta el último piso, hasta el piso bajo; luego mudó de barrios hasta el hospital; la vejez, por fin, vino a sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades; el hambre le puso el gancho en la mano, y el cesto fué la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana.

¡Ay!, ¡infeliz de la que nace hermosa!

Llena, por consiguiente, de recuerdos de grandeza, la traperera necesita ahogarlos en algo, y por lo regular los ahoga en aguardiente. Esto complica extraordinariamente sus gastos. Desgraciadamente, aunque el mundo da tanto valor a los tra-

pos, no es a los de la trapera. Sin embargo, ¡qué de veces lleva tesoros su cesto! ¡Pero tesoros impagables!

Ved aquel amante, que cuenta diez veces al día y otras tantas a la noche las piedras de la calle de su querida. Amelia es cruel con él: ni un favor, ni una distinción, alguna mirada de cuando en cuando... algún... nada. Pero ni una contestación de su letra a sus repetidas cartas, ni un rizo de su cabello que besar, ni un blanco cendal de batista que humedecer con sus lágrimas. El desdichado daría la vida por un harapo de su señora.

¡Ah!, ¡mundo de dolor y de trastrueques! La trapera es más feliz. ¡Mírala entrar en el portal, mírala mover el polvo! El amante la maldice: durante su estancia no puede subir la escalera; por fin, sale, y el imbécil entra, despreciándola al pasar. ¡Insensato!, esa que desprecia lleva en su banasta, cogidos a su misma vista, el pelo que le sobró a Amelia del peinado aquella mañana, una apuntación antigua de la ropa dada a la lavandera, todo de su letra (la cosa más tierna del mundo), y una gola de linon hecha pedazos... ¡Una gola! Y acaso el borrador de algún billete escrito a otro amante.

Alcánzala, busca; el corazón te dirá cuáles son los afectos de tu amada. Nada. El

amante sigue pidiendo a suspiros y gemidos las tiernas prendas, y la trapera sigue pobre su camino. Todo por no entenderse. ¡Cuántas veces pasa así nuestra felicidad a nuestro lado, sin que nosotros la veamos!

Me he detenido, distinguiendo en mi descripción a la trapera entre todos los demás menudos oficios, porque realmente tiene una importancia que nadie le negará. Enlazada con el lujo y las apariencias mundanas por la parte del trapo, e íntimamente unida con las letras y la imprenta por la del papel, era difícil no destinarle algunos párrafos más.

El oficio que rivaliza en importancia con el de la trapera es, indudablemente, el del *zapatero de viejo*.

El zapatero de viejo hace su nido en los rincones de los portales; allí tiene una especie de gruta, una socavación subterránea, las más veces sin luz ni pavimento. Al rayar el alba, fabrica, en un abrir y cerrar de ojos, su taller en un ángulo (si no es lunes): dos tablas unidas componen su recinto: una mala banquetta, una vasija de barro para la lumbre, indispensablemente rota, y otra más pequeña para el agua en que ablanda la suela, son todo su *menaje*; el cajón de las leznas a un lado, su delantal de cuero, un calzón de pana y medias azules, son sus signos distintivos. Antes de

extender la tienda de campaña, bebe un trago de aguardiente, y cuelga con cuidado a la parte de afuera una tabla, y de ella pendiente una bota inutilizada; cualquiera al verla creeria que quiere decir: *Aquí se estropean botas.*

No puede establecerse en un portal sin previo permiso de los inquilinos; pero como regularmente es un infeliz, cuya existencia depende de las gentes que conoce ya en el barrio, ¿quién ha de tener el corazón tan duro para negarse a sus importunidades? La señora del cuarto principal, compadecida, lo consiente; la del segundo, en vista de esa primera protección, no quiere chocar con la señora condesa: los demás inquilinos no son siquiera consultados. Así es que empiezan por aborrecer al zapatero, y desahogan su amor propio resentido en quejas contra las aristocráticas vecinas. Pero, al cabo, el encono pasa; sobre todo, considerando que desde que se ha establecido allí el zapatero, a lo menos está el portal limpio.

Una vez admitido, se agarra a la casa como un alga a las rocas; es tan inherente a ella como un balcón o una puerta; pero se parece a la hiedra y a la mujer: abraza para destruir. Es la víbora abrigada en el pecho; es el ratón dentro del queso. Por ejemplo: canta y martillea, y parece



no hacer otra cosa. ¡Error! Observa la hora a que sale el amo, qué gente viene en su ausencia, si la señora sale periódicamente, si va sola o acompañada, si la niña balconea, si se abre casualmente alguna ventanilla o alguna puerta con tiento cuando sube tal o cual caballero: ve quien ronda la calle, y desde su puesto conoce al primer golpe de vista, por la inclinación del cuello y la distancia del *cuyo*, el piso en que está la intriga. Aunque viejo, dice chicleos a toda criada que sale y entra, y se granjea, por tanto, su buena voluntad: la criada es al zapatero lo que el anteojo al corto de vista; por ella ve lo que no puede ver por sí, y reunido lo interior y exterior, suma y lo sabe todo. ¿Se quiere saber la causa de la tardanza de todo criado o criada que va a un recado? ¿Hay zapatero de viejo? No hay que preguntarla. ¿Tarda? Es que le está contando sus rarezas de usted, tirano de la casa, y lo que con usted sufre la señora, que es una malva la infeliz.

El zapatero sabe lo que se come en cada cuarto, y a qué hora. Ve salir al empleado en Rentas por la mañana, disfrazado con la capa vieja, que va a la plaza en persona, no porque no tenga criada, sino porque el sueldo da para estar servido, pero no para estar sisado. En fin, no se mueve

una mosca en la manzana sin que el buen hombre la vea : es una red la que tiende sobre todo el vecindario, de la cual nadie escapa. Para darle más extensión, es siempre casado, y la mujer se encarga de otro menudo oficio : como casada no puede servir, es decir, de criada, pero sirve de lo que se llama *asistentá*; es conocida por tal en el barrio. ¿Se despidió una criada demasiado bruscamente y sin dar lugar al reemplazo? Se llama a la mujer del zapatero. ¿Hay un convite que necesita aumento de brazos en otra parte? ¿Hay que dar de prisa y corriendo ropa a lavar, a coser, a planchar, mil recados, en fin, extraordinarios? La mujer del zapatero, el zapatero.

Por la noche el marido y la mujer se reunen y hacen fondo común de hablillas; ella da cuenta de lo que ha recogido su policia, y él, sobre cualquier friolera, la pega una paliza, y hasta el día siguiente. Esto necesita explicación : los cortesanos, en general, no se embriagan más que el domingo y el lunes, algún día entre semana, las pascuas, los días de santificar, y por este estilo; el zapatero de viejo es el único que se embriaga todos los días. Ésta es la clave de la paliza diaria : el vino que en otros se sube a la cabeza, en el zapatero de viejo se sube a las espaldas de la mujer, es decir, que se trasiega.

Este hermoso matrimonio tiene numerosos hijos, que enredan en el portal, o sirven de pequeños nudos a la gran red pescadora.

Si tiene usted hija, mujer, hermana o acreedores, no viva usted en casa de zapatero de viejo. Usted al salir le dirá: *Observe usted quién entra y quién sale de mi casa.* A la vuelta ya sabe quién debe sólo decir que ha estado, *o habrá salido un momento fuera, y como no haya sido en aquel momento...* Usted le da un par de reales por la fidelidad. Par de reales que, sumados con la peseta que le ha dado el que no quiere que se diga que entró, forma la cantidad de seis reales. El zapatero es hombre de revolución, despreocupado, superior a las preocupaciones vulgares, y come tranquilamente a dos carrillos.

En otro cuarto es la niña la que produce: el galán no puede entrar en la casa, y es preciso que alguien entregue las cartas; el zapatero es hombre de bien, y por tanto no hay inconveniente: el zapatero puede además franquear su cuarto, puede... ¡qué sé yo qué puede el zapatero!

Por otra parte, los acreedores y los que persiguen a su mujer de usted saben por su conducto si usted ha salido, si ha vuelto, si se niega o si está realmente en casa. ¡Qué multitud de atenciones no tiene so-

bre si el zapatero! ¡Qué tino no es necesario en sus diálogos y respuestas! ¡Qué corazón tan firme para no aficionarse sino a los que más pagan!

Sin embargo, siempre que usted llega al puesto del zapatero, está ausente; pero de allí a poco sale de la taberna de enfrente, adonde ha ido un momento a echar un trago. Semejante a la araña, tiende la tela en el portal y se retira a observar la presa al agujero.

Hay otro zapatero de viejo, ambulante, que hace su oficio de comprar deshechos... pero éste regularmente es un ladrón encubierto, que se informa de ese modo de las entradas y salidas de las casas, de... en una palabra, no tiene comparación con nuestro zapatero.

Otra multitud de oficios menudos merecen aún una historia particular, que les haríamos si no temiésemos fastidiar a nuestros lectores. Ese enjambre de mozos y sirvientes que viven de las propinas, y en quienes consiste que ninguna cosa cueste realmente lo que cuesta, sino mucho más; la abaniquera de *abanicos de novia* en el verano, a cuarto la pieza; la mercadera de *torrados* de la Ronda; el de los *tirantes y navajas*; el cartelero que vive de estampar mi nombre y el de mis amigos en la esquina; los comparsas del

teatro, condenados eternamente a representar por dos reales barba un pueblo numeroso entre seis o siete; el infinito *corbata-tines y almohadillas*, que está en todos los cafés a un mismo tiempo, siempre en aquel en que usted está, y vaya usted al que quiera; el barbero de la plazuela de la Cebada, que abre su asiento de tijera, y del aire libre hace tienda; esa multitud de *corredores de usura*, que viven de llevar a empeñar y desempeñar; esos músicos del anochecer, que, el calendario en una mano y los reales nombramientos en otra, se van dando días y enhorabuenas a gentes que no conocen; esa muchedumbre de maestros de lenguas a 30 reales y retratistas a 70 reales; todos los habitantes y vendedores del Rastro, las prenderas, los... ¿no son todos menudos oficios? *Esas casamenteras de voluntades*, como las llama Quevedo...; pero no todo es del dominio del escritor, y desgraciadamente en punto a costumbres y menudos oficios, acaso son los más picantes los que es forzoso callar. Los hay odiosos, los hay despreciales, los hay asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran; pero en España ningún *oficio* reconozco *más menudo*, y sirva esto de conclusión, ningún *modo de vivir que dé menos de vivir*, que el de escribir para el público y hacer versos para la gloria. Más

menudo todavía el público que el oficio, es todo lo más si para leerlo a usted le componen cien personas; y con respecto a la gloria, bueno es no contar con ella, por si ella no contase con nosotros.

EN ESTE PAÍS...

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas, que nacen en buen hora y que se derraman por toda una nación, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caída de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que, halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oídos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escena y en cambio de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo, ansioso de palabras, la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico, un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las más veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola

es a veces palanca suficiente a levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolución.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeran. Su destino es, efectivamente, como sonido vago que son, perderse en lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase empero, sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar: éstas sirven en las revoluciones a lisonjear a los partidos y a humillar a los caídos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condición del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo, se perpetúa entre nosotros, siendo sólo un funesto padrón de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores; los que pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

En este país... Esta es la frase que todos repetimos a porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que a nuestros ojos choque en mal sentido. ¿Qué quiere usted?, decimos, ¡en este país! Cualquier aconteci-

miento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla *¡Cosas de este país!*, que con vanidad pronunciamos, y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nación? No creo que pueda ser éste su origen, porque sólo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarían realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginación o de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razón de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre a mano con que responderse a sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusión de no creerse cómplice de un mal cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece más ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresión. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca a una transición, y en que saliendo de las tinieblas comienza a brillar a sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta

entonces ha tenido. Sucédele lo que a una joven bella que sale de la adolescencia: no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazón, sin embargo, o la naturaleza, por mejor decir, le empieza a revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo germen y cuyos medios de satisfacción tiene en sí misma, si bien lo desconoce todavía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansia, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivía, y vése-la despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Éste es, acaso, nuestro estado, y éste, a nuestro entender, el origen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa; el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar a poseerle, si bien sin imaginar aún el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos, para dar a entender a los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos a otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y aun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que va-



mos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que, teniendo apetito, desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará o no se verificará más tarde. Sustituyamos sabiamente a la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razón en decir a propósito de todo: *¡Cosas de este país!*

Sólo con el auxilio de las anteriores reflexiones puedo comprender el carácter de don Periquito, ese petulante joven, cuya instrucción está reducida al poco latín que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros más filosóficos; que no conoce, en fin, más ilustración que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salón del Prado, ni más país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país, fué, no ha mucho tiempo, objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitación mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aquí y allí, un espantoso desorden, de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

«Este cuarto está hecho una leonera», me dijo. «¿Qué quiere usted? En este país...» Y quedó muy satisfecho de la excusa que a su natural descuido había encontrado.

Empeñóse en que había de almorzar con él, y no pude resistir a sus instancias; un mal almuerzo, mal servido, reclamaba indispensablemente algún nuevo achaque, y no tardó en decirme: «Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo a nadie; hay que recurrir a los platos comunes y al chocolate.»

Vive Dios, dije yo para mí, que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente *beef-steak* con todos los adherentes de un almuerzo a la *fourchette*; y que en París los que pagan ocho o diez reales por un *appartement garni*, o una mezquina habitación en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con Champagne.

Mi amigo Periquito es hombre pesado, como los hay en todos los países, y me instó a que pasase el día con él; y yo, que había empezado ya a estudiar sobre aquella máquina como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente, a pesar

de su notoria inutilidad. Llevóme, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que había tenido más empeños que él. «¡Cosas de España!», me salió diciendo al referirme su desgracia. «Ciertamente, le respondí sonriéndome de su injusticia, porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones, y los hombres no son hombres.»

El segundo empleo que pretendía había sido dado a un hombre de más luces que él. «¡Cosas de España!», me repitió.

Si, porque en otras partes colocan a los necios, dije yo para mí.

Llevóme en seguida a una librería, después de haberme confesado que había publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habían vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió: «Ni uno.»

«¿Lo ve usted, Figaro?, me dijo, ¿lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España no se puede escribir. En París hubiera vendido diez ediciones.»

«Ciertamente, le contesté yo, porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.»

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

«Desengañese usted, en este país no se lee», prosiguió diciendo. Y usted, que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee?, le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

«¿Lee usted los periódicos?», le pregunté sin embargo.

«No, señor; en este país no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese *Diario de los Debates*, ese *Times!*»

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto a periódicos, buenos o malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermocean continuamente este país, y clamaba: «¡Qué basura!, en este país no hay policía.»

En París las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.

Metió el pie torpemente en un charco. «¡No hay limpieza en España!», exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo. «¡Ah!, ¡país de ladrones!», vociferaba indignado. Porque en Londres no se roba; en Londres, donde

en la calle acometen los malhechores a la mitad de un día de niebla a los transeuntes.

Nos pedía limosna un pobre. «¡En este país no hay más que miseria!», exclamaba horripilado. Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Ibamos al teatro, y «¡Oh qué horror!», decía mi don Periquito con compasión, sin haberlos visto mejores en su vida: «¡Aquí no hay teatros!»

Pasábamos por un café. «No entremos. ¡Qué cafés los de este país!», gritaba.

Se hablaba de viajes. «¡Oh!, Dios me libre; en España no se puede viajar: ¡qué posadas, qué caminos!»

¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años a esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

¿Por qué los don Periquitos que todo lo desprecian en el año 33, no vuelven los ojos a mirar atrás, o no preguntan a sus papás acerca del tiempo, que no está tan distante de nosotros, en que no se conocía en la corte más botillería que la de Canosa, ni más bebida que la leche helada; en que no había más camino en España que el del cielo; en que no existían más posa-

das que las descritas por Moratín en el *Si de las Niñas*, con las sillas desvencijadas y las estampas del Hijo Pródigo, o las malhadadas ventas para caminantes asendereados, en que no corrian más carruajes que las galeras y carromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartían a naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar a tragos la representación de las comedias de figurón y dramas de Comella; en que no se conocían más óperas que el Malboroug (o Mambrú, como dice el vulgo), cantado a la guitarra; en que no se leía más periódico que el *Diario de Avisos*, y en fin..., en que?...

Pero acabemos este artículo, demasiado largo para nuestro propósito: no vuelven a mirar atrás porque habrían de poner un término a su maledicencia, y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este país se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos, sin embargo, de explicar nuestra idea claramente, mas que a los don Periquitos que nos rodean pese y avergüence.

Cuando oímos a un extranjero que tiene la fortuna de pertenecer a un país donde las ventajas de la ilustración se han hecho conocer con mucha anterioridad que en el

nuestro, por causas que no es de nuestra inspección examinar, nada extrañamos en su boca, si no es la falta de consideración y aun de gratitud que reclama la hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe; pero cuando oímos la expresión depreciativa que hoy merece nuestra sátira en bocas de españoles, y de españoles, sobre todo, que no conocen más país que este mismo suyo, que tan injustamente dilaceran, apenas reconoce nuestra indignación límites en que contenerse.

Borremos, pues, de nuestro lenguaje la humillante expresión que no nombra a este país sino para denigrarle; volvamos los ojos atrás, comparemos y nos creeremos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente, y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos; sólo en este sentido opondremos nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta expresión que contribuye a aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos más favor o justicia a nuestro país, y creémosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio,

y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento *¡Cosas de España!*, contribuya cada cual a las mejoras posibles; entonces este país dejará de ser tan maltratado por los extranjeros, a cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.

EL HOMBRE-GLOBO

La Física ha clasificado los cuerpos, según el estado en que los pone el mayor o menor grado de calórico que contienen, en sólidos, líquidos y gaseosos. Así, el agua es sólido en el estado de hielo, líquido en el de fluidez y gas en el de la ebullición. Es ley general de los cuerpos la gravedad o la atracción que ejerce sobre ellos el centro común; es natural que esta atracción se ejerza más fuertemente en los que reúnen en menor espacio mayor cantidad de las moléculas que los componen; que éstos, por consiguiente, tengan más gravedad específica, y ocupen el puesto más inmediato al centro. Así es que en la escala de las posiciones de los cuerpos, los sólidos ocupan el puesto inferior, los líquidos el intermedio, y los gaseosos el superior. Una piedra busca el fondo de un río; un gas busca la parte superior de la atmósfera. Cada cuerpo está en continuo movimiento

para obedecer a la ley que le obliga a buscar el puesto, variable, que corresponde al grado de intensidad que adquiere o que pierde. La nube, conforme se condensa, baja, y cuando se liquida, cae; este mismo cuerpo puesto al fuego se dilata, y cuando se evapora y se gasifica sube.

No trato de instalar un curso de Física; lo uno, porque dudo si tengo la bastante para mí, y lo otro, porque estoy persuadido de que mis lectores saben de ella más que yo; no hago más que sentar una base de donde partir.

Igual clasificación a esta que ha hecho la ciencia de los fenómenos en los cuerpos en general, se puede hacer en los hombres en particular. Probaremos.

Hay hombres sólidos, líquidos y gaseosos. El hombre sólido es ese hombre compacto, recogido, obtuso, que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana, de la cual no puede desprenderse jamás. Sólo el contacto de la tierra puede sostener su vida; es el Anteo moderno, y usando de un nombre atrevido, el *hombre-raiz*, el *hombre-patata*; arrancado el terrón que le cubre, deja de ser lo que es. Es el sólido de los sólidos. Toda la ausencia posible de calórico le mantiene en un estado tal de condensación, que ocupa en el espacio el menor sitio posible; gravita ex-



traordinariamente; empuja casi hacia abajo el suelo que le sostiene; está con él en continua lucha, y le vence y le hunde. Le conocerán ustedes a la legua: su frente achatada se inclina al suelo, su cuerpo está encorvado, su propio peso le abruma, sus ojos no tienen objeto fijo, ven sin mirar, y en consecuencia no ven nada claro. Cuando una causa, ajena de él, le conmueve, produce un son confuso, bárbaro y profundo, como el de las masas enormes que se desprenden en el momento del deshielo en las regiones polares. Y como en la Naturaleza no falta nunca, ni en el hielo, cierto grado de calórico, él también tiene su alma particular; es su grado de calórico, pero tan poca cosa, que no desprende luz; es un fuego fatuo entre otros fuegos fatuos, sirve para confundirle y extraviarle más; el *hombre-sólido*, por lo tanto, en religión, en política, en todo, no ve más que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará; un caos de fanatismo, de credulidad, de errores. No es siquiera la linterna apagada, es la linterna que nunca se ha encendido, que jamás se encenderá: falta dentro el combustible. El *hombre-sólido* cubre la faz de la tierra: es la costra del mundo. Es la base de la humanidad, del edificio social. Como la tierra sostiene todos los demás cuerpos, a los cuales im-

pide que se precipiten al centro, así el *hombre-sólido* sostiene a los demás que se mantienen sobre él. De esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto; en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No raciocina, no obra, sino sirve. Sin *hombres-sólidos* no habría tiranos; y como aquéllos son eternos, éstos no tendrán fin. Es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo, a quien se fascina, sobre el cual se pisa, se anda, se sube: cava, suda, sufre. Alguna vez se levanta, y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto. Entonces dicen que abre los ojos. Es un error. Tanto valdria llamar ojos de la tierra a las grietas que produce un volcán. Ni más ni menos que una piedra, no se mueve de su sitio si no le dan un empujón; de la aldea donde nació (si es que el *hombre-sólido* nace, yo creo que al nacer no hace más que variar de forma); del café donde le pusieron a servir sorbetes; del callejón donde limpia botas; del buque donde carga las velas o les toma rizos; del regimiento donde dispara tiros; de la cocina donde adereza manjares; de la esquina donde carga baúles; de la calle donde barre escorias; de la máquina donde teje medias; del molino donde hace harina; de la reja con que separa terrones. Es el primer instrumen-

to adherido siempre a los demás instrumentos.

El *hombre-liquido* fluye, corre, varía de posición; vuela a ocupar el vacío, tiene ya mayor grado de calórico; serpentea de continuo encima del *hombre-sólido*, y le moja, le gasta, le corroe, le arrastra, le vuelca, le ahoga. En momentos de revolución, él es el empujado; pero se amontona, sale de su cauce, y como el torrente que arrastra árboles y piedras, lo trastorna todo, aumentando su propia fuerza con las masas de *hombre-sólido* que lleva consigo. Pero así como el torrente no sabe la fuerza que le impele, ni si hace, al correr, daño o provecho, así el *hombre-liquido*, al moverse, no es más que un instrumento menos imperfecto, que subleva instrumentos más ignorantes; pero lleno ya de pretensiones, mete ruido, desafía al cielo, enuncia una voz, produce eco. Ésta es una diferencia esencial del sólido al líquido para nuestro asunto; la piedra no suena sino cuando la impelen a rodar; el agua murmura sólo corriendo y existiendo. La clase media de la humanidad, así también, va siempre murmurando. Un golpe dado en un cuerpo sólido le arranca un pedazo; el golpe dado ya en el líquido encuentra resistencia, produce ondas, imprime movimiento. He aquí otra observación. El

golpe dado al pueblo simplemente es sólo perjudicial para él: el que se da en la clase media suele salpicar al que le da.

El *hombre-liquido* tiene un alma menos compacta, y en ella más grados de calórico, pero alma de imitación; como todo liquido, remeda al momento la forma del vaso donde está; en pequeña cantidad se le da la figura que se quiere, en gran porción toma la que puede. El *hombre-liquido* es la clase media; le conocerán ustedes también al momento; su movimiento continuo le delata; pasa de un empleo a otro, va a ocupar los vacíos de las vacantes; hoy en una provincia, mañana en otra, pasado en la corte; pero, por fin, como todo liquido, encuentra el mar, donde se para y se encarcela; no le es dado correr más. Hoy es arroyo, mañana río caudaloso. Igual. Hoy es meritorio, mañana escribiente, pasado oficial; su instinto es crecer; rara vez separarse del suelo; si se alza momentáneamente, vuelve a caer.

Dada una idea rápida y general del *hombre-sólido* y del *hombre-liquido*, pasemos al objeto de nuestro artículo, al *hombre-gas*. De las dos especies referidas está lleno el mundo; no se ve otra cosa. Pero como para la formación de la tercera se necesita un grado altísimo de calórico, hay

regiones enteras que carecen del suficiente para formarla.

He aquí nuestra desgracia; siguiendo el camino que nos señala nuestra nueva metafísica, estamos, por ahora, en las regiones árticas del pensamiento. Lo probaré.

El *hombre-gas*, llegado a adquirir la competente dilatación, se alza por sí solo donde quiera que está, y se sobrepone a ocupar el puesto que le corresponde en la escala de los cuerpos hasta llegar a la altura que su intensidad le permite, y se detiene en ella; no hay obstáculos para él, porque si pudiera haberlos, rompería, como el vapor, la caldera, y escaparía. Ponedle en una aldea; él vencerá la distancia y llegará a la capital; tirará el arado, pondrá un pie en el *hombre-sólido*, otro en el *líquido*, y una vez arriba: «Yo mando, exclamará, no obedezco.» Tales son las leyes de la naturaleza. Una vez comprendido este principio general de Física, mis lectores conocerán al *hombre-gas* a primera vista. Su frente es altiva, sus ojos de águila, su fuerza irresistible, su movimiento el del tapón de una botella de Champagne. Pero para dar al gas una forma no hay más medio que el de encerrarle en un continente que la tenga. Nada, pues, más natural que el que demos a esta especie el nombre de *hombre-globo*:

sólo así podemos hacerle perceptible a nuestros sentidos.

De todos nuestros lectores es conocida la historia de los globos, desde las primeras mongolfieras hasta el último experimento de la dirección, emprendido y malogrado últimamente en París: todos saben que hay gases de gases, y que los hay específicamente más ligeros que otros; pero no todos se habrán parado a considerar detenidamente hasta qué punto podemos vanagloriarnos en nuestro país de la perfección de los gases que artificialmente necesitamos producir para nuestras ascensiones. Yo creo que nuestra vanidad no debe hacernos perder la cabeza, si queremos reparar en su equívoca calidad.

Es claro que en tiempos pasados la atmósfera en que podía elevarse el *hombre-globo* entre nosotros era sumamente limitada: los que más se habían podido separar del suelo habían hecho consistir todo su esfuerzo en llegar a los escalones del trono, y si un *hombre-globo* llegaba a ser entonces ministro, había hecho toda la ascensión que se podía de él esperar: uno solo conocieron nuestros físicos más experimentados, que consiguió remontarse en aquella época hasta las más altas cornisas del coronamiento del real palacio; pero, sea por falta de dirección una vez en el

aire, sea por haber calculado mal la intensidad de su gas, una ráfaga violenta bastó para romper el globo, y el aire se lo llevó hasta caer, todo agujereado, a orillas del Tiber, donde yace todavía mal parado: culpa acaso también de no haber hecho uso del para-caidas, aunque, como dice muy bien don Simplicio de Bobadilla, *paracaídas no hay como un globo roto*.

Pero cuando posteriormente se han visto en casi todos los países elevarse muchos a alturas desmesuradas y mantenerse más o menos tiempo en ellas, no se concibe nuestra casi total ausencia de *hombres-globos* que se elevan verdaderamente, sino atribuyéndolo a desgracia del país mismo. Los Estados Unidos tuvieron un *hombre-globo* que subió cuanto pudo, y manejando diestramente su válvula, descendió como y cuando le plugo; de Francia hicieron mil su ascensión, que están todavía en altura, haciendo la admiración de los espectadores; la Suecia mira uno en su pináculo todavía; y si el mayor de todos fué a parar hasta Santa Elena, es preciso confesar que hay descensos gloriosos, como retiradas honrosas.

Ahora bien; observemos al *homõre-globo* en nuestro país. El año 8 empezaron a quererse henchir multitud de mongolfieras; pero estábamos indudablemente al

principio de la invención, y no debieron de tener gas mejor que el humo de paja, porque los unos dieron al traste con su globo en el estrecho, los otros quisieron sostenerse en tierra firme, pero han ido poco a poco deshinchándose, y una ráfaga ha acabado con unos, otra con otros.

El año 30 quisieron repetir el experimento; pero, por lo visto, no habían aprendido nada nuevo: no contaron nuestros *hombres-globos* con el aire del Norte, que los envolvió, pegó fuego a unos que cayeron miserablemente donde pudieron, y arrebató a otros a caer de golpe y porrazo en países remotos y extranjeros. Raro fué el que cayó suavemente. Pero adelanto positivo para la ciencia no hubo ninguno.

He aquí, sin embargo, a nuestros *hombres-globos* probando de nuevo otra ascensión; pero escarmentados ya nuestros antiguos y derretidos Ícaros, tienen miedo hasta el gas que los ha de levantar: y, en una palabra, nosotros no vemos que suban más alto que subió Rozzo. Para nosotros todos son Rozzos.

Veán ustedes, sin embargo, al *hombre-globo* con todos sus caracteres. ¡Qué ruido antes! ¡*La ascensión! Va a subir. ¡Ahora, ahora sí va a subir!* Grama fama, gran prestigio. Se les arma el globo; se les confía; ved cómo se hinchan. ¿Quién dudará

de su suficiencia? Pero casi todos nuestros globos, mientras están abajo, entre nosotros, asombra su grandeza, y su aparato y su fama. Pero conforme se van elevando, se les va viendo más pequeños; a la altura apenas de palacio, que no es grande altura, ya se les ve tamaños como avellanas, ya el *hombre-globo* no es nada: un poco de humo, una gran tela, pero vacía, y, por supuesto, en llegando arriba, no hay dirección. ¡Es posible que nadie descubra el modo de dar dirección a este globo!

Entre tanto el *hombre-globo* hace unos cuantos esfuerzos en el aire, un viento le lleva aquí, otro allá, descarga lastre..., ¡inútiles afanes!, al fin viene al suelo; sólo observa que están ya más duchos en el uso del paracaídas: todos caen blandamente, y no lejos; los que no se apartan van a caer al Buen Retiro.

«Pero, señor, me dirán, ¿y ha de ser siempre esto así? ¿No les basta a esos hombres de experiencias? ¿Serán ellos los últimos que se desengañen de sí mismos?»

He ahí una respuesta que yo no sabré dar. Yo no veo la ciencia desesperada, creo que acaso habrá por ahí escondidos otros *hombres-globos*; pero si los hay, ¿por qué no obedecen a las leyes de la Naturaleza? Si su gas tiene más intensidad, ¿cómo no

se elevan por si solos, cómo no se sobreponen a los otros?

Esta investigación me conduciría muy lejos. Mi objeto no ha sido más que pintar el *hombre-globo* de nuestro país; un artículo de Física no puede ser largo; si fuera de política sería otra cosa. Haré mi última deducción, y concluiré: los Rozzos que hasta ahora han hecho pinitos a nuestra vista, parece que ya se han elevado cuanto elevarse pueden. ¡Otros al puesto, experimentos nuevos! Si por el camino trillado nada se ha hecho, camino nuevo.

Esto la razón sola lo indica. Si hay un *hombre-globo*, que salga, y le daremos las gracias; mas cuenta con engañarse en sus fuerzas: recuerde que primero hay que subir, y luego hay que dar dirección, y, como dice Quevedo: *Ascender a rodar es desatino, y el que descende de la cumbre, ataja*; observe que puede sucederle lo que a los demás, que conforme se vaya elevando se vaya viendo más pequeño. Si no le hay, lastimoso es decirlo, pero aparejemos el *paracaídas*.



UN REO DE MUERTE

Cuando una incomprensible comezón de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco a los tiros de esta que han calificado muchos de mordaz maledicencia. Yo no sé si la humanidad bien considerada tiene derecho a quejarse de ninguna especie de murmuración, ni si se puede decir de ella todo el mal que se merece; pero como hay millares de personas seudofilantrópicas, que al defender la humanidad parece que quieren en cierto modo indemnizarla de la desgracia de tenerlos por individuos, no insistiré en este pensamiento. Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, dejéme suavemente deslizar al verdadero teatro, a esa muchedumbre en continuo movimiento, a esa sociedad donde sin ensayo ni previo anuncio de carteles, y donde a veces hasta de balde y en bal-

de, se presentan tantos y tan distintos papeles.

Descendí a ella, y puedo asegurar que al cotejar este teatro con el primero, no pudo menos de ocurrirme la idea de que era más consolador éste que aquél; porque al fin, seamos francos, triste cosa es contemplar en la escena la coqueta, el avaro, el ambicioso, la celosa, la virtud caída y vilipendiada, las intrigas incesantes, el crimen entronizado a veces y triunfante; pero al salir de una tragedia para entrar en la sociedad puede uno exclamar al menos: *Aquello es falso, es pura invención; es un cuento forjado para divertirnos*, y en el mundo es todo lo contrario, la imaginación más acalorada no llegará nunca a abarcar la fea realidad. Un rey de la escena depone para irse a acostar el cetro y la corona, y en el mundo el que la tiene duerme con ella, y sueñan con ella infinitos que no la tienen. En las tablas se puede silbar al tirano; en el mundo hay que sufrirle; allí se le va a ver como una cosa rara, como una fiera que se enseña por dinero; en la sociedad cada preocupación es un rey; cada hombre un tirano, y de su cadena no hay medio de librarse; cada individuo se constituye en eslabón de ella; los hombres son la cadena unos de otros.

De estos dos teatros, sin embargo, peor el uno que el otro, vino a desalojarme una frase que lo ocupa todo. La política. ¿Quién hubiera leído un ligero bosquejo de nuestras costumbres, torpe y débilmente trazado acaso, cuando se estaban dibujando en el gran telón de la política escenas, si no mejores, de un interés ciertamente más próximo y positivo? Sonó el primer arcabuz de la facción y todos volvimos la cara a mirar de dónde partía el tiro; en esta nueva representación, semejante a la fantasmagórica de Mantilla, donde empieza por verse una bruja, de la cual nace otra y otras, hasta *multiplicarse al infinito*, vimos un faccioso primero, y luego vimos *un faccioso más*, y en pos de él poblarse de facciosos el telón. Lanzado en mi nuevo terreno esgrimi la pluma contra las balas, y revolviéndome a una parte y otra, di la cara a dos enemigos; al faccioso de fuera, y al justo medio, a la parsimonia de dentro. ¡Débiles esfuerzos! El monstruo de la política estuvo encinta y dió a luz lo que había mal engendrado; pero tras éste debían venir hermanos menores, y uno de ellos, nuevo Júpiter, debía trastornar a su padre. Nació la censura, y heme aquí poco menos que desalojado de mi última posición. Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento: respétrole y

le obedezco; he aquí cuanto se puede exigir de un ciudadano; es a saber: que no altere el orden; es bueno tener entendido que en política se llama *orden* a lo que existe, y que se llama *desorden* este mismo *orden* cuando le sucede otro *orden* distinto; por consiguiente, es perturbador el que se presenta a luchar contra el orden existente con menos fuerzas que él; el que se presenta con más, pasa a *restaurador*, cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de *libertador*. Yo nunca alteraré el orden probablemente, porque nunca tendré la locura de creermé por mí solo más fuerte que él; en este convencimiento, infinidad de artículos tengo solamente rotulados, cuyo desempeño conservo para más adelante, porque la esperanza es precisamente lo único que nunca me abandona; pero al paso que no los escribiré, porque estoy persuadido de que me los habian de prohibir (lo cual no es decir que me los han prohibido, sino todo lo contrario, puesto que yo no los escribo), tengo placer en hacer de paso esta advertencia, al refugiarme, de cuando en cuando, en el único terreno que deja libre a mis correrías el temor de ser rechazado en posiciones más avanzadas. Ahora bien; espero que después de esta previa inteligencia no habrá lector que me pida lo que no puedo darle;

digo esto, porque estoy convencido de que ese pretendido acierto de un escritor depende más veces de su asunto y de la predisposición feliz de sus lectores que de su propia habilidad. Abandonado a esta sola, considérome débil y escribo todavía con más miedo que poco mérito, y no es ponderarlo poco, sin que esto tenga visos de afectada modestia.

Habiendo de parapetarme en las costumbres, la primera idea que me ocurre es que el hábito de vivir en ellas, y la repetición diaria de las escenas de nuestra sociedad, nos impide muchas veces pararnos solamente a considerarlas, y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que, en mi sentir, no debieran parecérselo tanto. Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal cual manera porque de tal o cual manera nacieron y crecieron: no es una gran razón; pero ésta es la gran dificultad que hay para hacer reformas; he aquí por qué las leyes difícilmente pueden ser otra cosa que el índice reglamentario y obligatorio de las costumbres; he aquí por qué caducan multitud de leyes que no se derogán; he aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre a un pueblo esclavo por sus costumbres.

Pero nos apartamos demasiado de nuestro objeto; volvamos a él. Ese hábito de la

pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada a cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable, supuesto que la sociedad, al aplicarla, no hace más que suprimir de su mismo cuerpo uno de sus miembros, es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatidico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran pueblo, y que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísima-mente por estribillo a un trozo de poesía romántica:

Para hacer bien por el alma
del que van a ajusticiar.

Ese grito, precedido por la lúgubre campanilla, tan inmediata y constantemente como sigue la llama al humo, y el alma al cuerpo; ese grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del ser que va a morir, se confunde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel día. No sabemos si algún reo de muerte habrá hecho esta singular observación, pero debe ser horrible a sus oídos el último grito que ha de oír de la *coliflorera* que pasa atronando las calles a su lado.

Leída y notificada al reo la sentencia, la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado a la capilla, en donde la religión se apodera de él como de una presa ya segura; la justicia divina espera allí a recibirle de manos de la humana. Horas mortales trascurren allí para él; gran consuelo debe de ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, o por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno. La vanidad, sin embargo, se abre paso al través del corazón en tan terrible momento, y es raro el reo que pasada la primera impresión, en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trate de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre hasta en el momento en que se niega entera a él, injusticia por cierto incomprensible; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad, al exigir valor y serenidad en el reo de muerte, con sus constantes preocupaciones se hace justicia a sí misma, y extraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes.

En tan críticos instantes, sin embargo, rara vez desmiente cada cual su vida en-

tera y su educación; cada cual obedece a sus preocupaciones hasta en el momento de ir a desnudarse de ellas para siempre. El hombre abyecto, sin educación, sin principios, que ha sucumbido siempre ciegamente a su instinto, a su necesidad, que robó y mató maquinalmente, muere maquinalmente. Oyó un eco sordo de religión en sus primeros años, y este eco sordo, que no comprende, resuena en la capilla, en sus oídos, y pasa maquinalmente a sus labios. Falto de lo que se llama en el mundo honor, no hace esfuerzo para disimular su temor, y muere muerto. El hombre verdaderamente religioso vuelve sinceramente su corazón a Dios, y éste es todo lo menos infeliz que puede el que lo es por última vez. El hombre educado a medias, que ensordeció a la voz del deber y de la religión, pero en quien estos gérmenes existen, vuelve de la continua afectación de despreocupado en que vivió, y duda entonces y tiembla. Los que el mundo llama impíos y ateos, los que se han formado una religión acomodaticia, o las han desechado todas para siempre, no deben ver nada al dejar el mundo. Por último, el entusiasmo político hace veces casi siempre de valor; y en esos reos, en quienes una opinión es la preocupación dominante, se han visto las muertes más serenas.

Llegada la hora fatal, entonan todos los presos de la cárcel, compañeros de destino del sentenciado, y sus sucesores acaso, una salve en un compás monótono, que contrasta singularmente con las jácaras y coplas populares, inmorales e irreligiosas, que momentos antes componían juntamente con las preces de la religión el ruido de los patios y calabozos del espantoso edificio. El que hoy canta esa salve se la oirá cantar mañana.

En seguida, la cofradía vulgarmente dicha de la Paz y Caridad recibe al reo, que, vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado, atado de pies y manos, sobre un animal, que sin duda por ser el más útil y paciente es el más despreciado, y la marcha fúnebre comienza.

Un pueblo entero obstruye ya las calles del tránsito. Las ventanas y balcones están coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre. «¿Qué espera esa multitud?», diría un extranjero que desconociese las costumbres. «¿Es un rey el que va a pasar, ese ser coronado, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un día solemne? ¿Es una pública festividad? ¿Qué hacen ociosos esos artesanos? ¿Qué curiosean esta nación?» Nada de eso. Ese pueblo de hombres va

a ver morir a un hombre. «¿Dónde va?» «¿Quién es?» «¡Pobrecillo!» «Merecido lo tiene.» «¡Ay!, si va muerto ya.» «¿Va sereno?» «¡Qué entero va!»

He aquí las preguntas y expresiones que se oyen resonar en derredor. Numerosos piquetes de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. He notado que en semejante acto siempre hay alguna corrida: el terror que la situación del momento imprime en los ánimos causa la mitad del desorden; la otra mitad es obra de la tropa, que va a poner orden. ¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Esto no hace, por cierto, el elogio de la sociedad ni del hombre.

No sé por qué al llegar siempre a la plazuela de la Cebada mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignación y de desprecio. No quiero entrar en la cuestión, tan debatida, del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse a sí propia: siempre resultaría ser el derecho de la fuerza, y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¿qué loco se atrevería a rebatir ése? Pienso sólo en la sangre inocente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía. ¡Un ser que como el hombre, no puede vivir sin matar,



tiene la osadía, la incomprensible vanidad de presumirse perfecto!

Un tablado se levanta en un lado de la plazuela : la tablazón desnuda manifiesta que el reo es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir, indudablemente, que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginación, el reo ha llegado al patíbulo : en el día no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo solo : esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los carneros de Casti, a quienes su amo proponía, no si debían morir, sino si debían morir cocidos o asados. Sonreíame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena, me pusieron delante que había llegado el momento de la catástrofe : el que sólo había robado acaso a la sociedad, iba a ser muerto por ella; la sociedad también da ciento por uno; si había hecho mal matando a otro, la sociedad iba a hacer bien matándole a él. Un mal se iba a remediar con dos. El reo se sentó, por fin. ¡Horrible asiento! Miré al reloj : las doce y diez minutos; el hombre vivía aún... De allí a un momento, una lúgubre campanada de San

Millán, semejante al estruendo de las puertas de la eternidad, que se abrían, resonó por la plazuela, el hombre no existía ya : todavía no eran las doce y once minutos.

«La sociedad—exclamé—estará ya satisfecha : ya ha muerto un hombre.»

LOS BARATEROS O EL DESAFÍO Y PENA DE MUERTE

Debiendo sufrir en este día ... la pena de muerte en garrote vil... Ignacio Argumáñes, por la muerte violenta dada el 7 de marzo último a Gregorio Cané...

(*Diario de Madrid* del 15 de abril.)

La sociedad se ve forzada a defenderse, ni más ni menos que el individuo, cuando se ve acometida : en ésta verdad se funda la definición del delito y del crimen; en ella también el derecho que se adjudica la sociedad de declararlos tales y de aplicarles una pena. Pero la sociedad, al reconocer en una acción el delito o el crimen, y al sentirse por ella ofendida, no trata de vengarse, sino de prevenirse; no es tanto su objeto castigar simplemente, como escarmentar; no se propone por fin destruir al criminal, sino el crimen; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desaparecer la

posibilidad de nuevas agresiones; su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Y al ejecutar su defensa, ¿qué derecho usa? El derecho del más fuerte. Apoderada del sospechado agresor, es fuerza, antes de aplicarle la pena, verificar su agresión, convencerse a sí misma, y vencerlo a él. Para esto comienza por atentar a la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable; la detención previa es una contribución corporal que todo ciudadano debe pagar cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligación de aligerarla, de reducirla a los términos de indispensabilidad, porque, pasados éstos, comienza la detención a ser un castigo; y, lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condena. En el intervalo que transcurre desde la acusación o sospecha hasta la aseveración del delito, la sociedad tiene, no derechos, pero necesidad de tener al acusado; y supuesto que impone esta contribución corporal por su bien, ella es la que está obligada a hacer de modo que la cárcel no sea una pena ya para el acusado, inocente o culpable. La cárcel no debe acarrear sufrimiento alguno ni privación que no sea indispensable, ni mucho menos influir moralmente en la opinión del detenido.

De aquí la sagrada obligación que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detención, bien montadas y bien cuidadas, y la más sagrada todavía de no estancar en ellas al acusado.

Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la cárcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se habrá convencido de que en este punto la sociedad a que pertenecemos conoce estas verdades y su importancia, y en nada las contradice. Nuestras cárceles son un modelo.

— Era uno de los días del mes de marzo : multitud de acusados llenaban los calabozos; los patios de la cárcel se devolvían las estrepitosas carcajadas, desquite de la desgracia o máscara violenta de la conciencia, las soeces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los sarcásticos estribillos de torpes cantares, regocijo del crimen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y ávidos de acción, devoraba la existencia de los corrillos : el juego, nutrición de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, más que en ninguna parte en la cárcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino* en la suerte de los destinos; el juego, símbolo de la solución mis-

teriosa y de la verdad incierta que el hombre busca incesantemente desde que ve la luz hasta que es devuelto a la nada.

En aquellos días existían en esa cárcel dos hombres : Ignacio Argumañes y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad; y desde el momento en que aquella a que pertenecían parece segregarlos de sí, ellos se forman otra fácilmente con sus leyes, no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del más fuerte sobre la frente del más débil. He aquí lo que sucede en la cárcel. Y tienen derecho a hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios a sus asociados; desde el momento en que, olvidando la protección que les debe, los deja al arbitrio de un cómitre despótico; desde el momento en que el preso, al sentar el pie en el patio de la cárcel, se ve insultado, acometido, robado por los seres que van a ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir de aquel recinto, el detenido exclama : «Estoy fuera de la sociedad; desde hoy *mi ley es mi fuerza, o la que yo me forje aquí.*» He aquí el resultado del desorden de las cárceles. ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, a quienes retira su protección? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo los delitos cometidos

dentro de aquel Argel efecto de su mismo abandono?

— Pero dos hombres existían allí; dos barateros; dos seres que se creían con derecho a imponer leyes a los demás, y a retirar del juego de sus compañeros un fondo piratesco; dos hombres que cobraban el barato. Cruzáronse estos dos hombres de palabras, y uno de ellos fué metido en un calabozo por el alcaide, rey de aquella colonia. A su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesión; éste defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas, *¿Quieres parte?*, le dice, *pues gánala*. He aquí al hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo, que confía su derecho a su brazo.

El día va a expirar y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan diariamente una salve a la madre del Redentor, salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el labio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al son del religioso cántico, los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debía oír acabar la salve: un segundo

transcurre apenas, y con el último acento del cántico llega a los pies del Altísimo el alma de un baratero.

La sociedad entonces acude, y dice al baratero vivo: «Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo, antes de juzgarte, con esa cárcel inmunda que te doy; ahí tolero tu juego y tu barato, porque tu juego y tu barato no molestan mi sueño; pero de resultas de ese juego y ese barato tienes una disputa que yo no puedo ni quiero dirimir, y me vienen a despertar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo, de que en vida yo no hice más caso que de ti, puede contagiarme con su putrefacción, y por ende mando que el cuerpo se entierre, y el tuyo con él, porque infringistes mis leyes matando a otro hombre, aun entonces que mis leyes no te protegían. Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta a aquellos a quienes no alcanzan con la protección. Ellas renuncian a amparar, pero no a vengar; lo bueno de ellas, baratero, es para mí; lo malo, para ti; porque yo tengo jueces para ti y tú no los tienes para mí; yo tengo alguaciles para ti y tú no los tienes para mí; yo tengo, en fin, cárceles, y tengo un verdugo para ti y tú no los tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio,

y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que sólo fueron de él ocasión.

Y el baratero: «¿Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí? Ignoro si mi vida es mía; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mía, y por la religión no puedo disponer de ella; pero si no es mía siquiera, ¿cómo será tuya? Y si es más mía que tuya, ¿en qué pude ofender a la sociedad disponiendo de ella, como otro hombre de la suya, de común acuerdo los dos, sin perjuicio de tercero y sin llamar a nadie en nuestra común cuestión?»

Y la sociedad: «Algún día, baratero, tendrás razón; pero por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado ese día en que tendrás razón y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdicción. En el día la sociedad a que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente; ¿por qué no has aguardado, para batirte en duelo, a que la ley estuviese derogada? Por ahora, muere, baratero, porque tengo establecida una pragmática que así lo dispone.

»Una luna no ha transcurrido todavía que ha visto sofocado por mi mano a otro hombre por haber vengado un honor que la ley no alcanzaba a vengar...»

Y el baratero: «¿Y cuántas lunas transcurren, sociedad, que ven paseando en el Prado a otros hombres que incurrieron en igual error que ese que me citas, y yo...»

Y la sociedad: «Eso te enseñará que ya que no pudieses aguardar para batirte a que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan a la corporación, debistes aguardar, a lo menos, a ser opulento, o siquiera caballero..., o aprender en tanto a eludir mi ley.»

Y el baratero: «¿Y la igualdad ante la ley, sociedad...?»

Y la sociedad: «Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad y entre en mi composición el elemento popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿no ves que me falta el pueblo? ¿No ves que ando sobre él, en vez de andar con él? ¿No ves que me falta el alma, que es la inteligencia del ser, y que sólo puede resultar del complemento y armonía de lo que tengo y de lo que me falta, cuando lo llegue a reunir todo? ¿No ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad? Y ¿de qué te quejas, pueblo? ¿No renuncias a tus derechos en el acto de



no reclamarlos? ¿No lo autorizas todo sufriendolo todo?»

Y el baratero: «Porque no sé todavía que hago parte de ti, ¡oh sociedad!, porque no comprendo...»

Y la sociedad: «Pues date prisa a comprender y a saber quién eres y lo que puedes, y entre-tanto date prisa a dejarte ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.»

Y el baratero: «Mi día llegará, ¡oh falsa sociedad!, ¡oh sociedad incompleta y usurpadora!, y llegará más pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán a leer. ¡Hágase, en el interin, la voluntad de la fuerza: ahorca a los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores a los señores que se baten en duelo, y en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!»

Y el baratero debía morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barateros se baten en duelo, porque la ley es vigente, y quien infringe la ley merece la pena; y ¡quien tal hizo que tal pague!

Y el baratero murió, y en cuanto a él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo

no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su día no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto a la justicia de la que se llama su sociedad, y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la cárcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.

LA NOCHEBUENA DE 1836

YO Y MI CRIADO

(Delirio filosófico.)

El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece, sin embargo, día 24; soy supersticioso porque el corazón del hombre necesita creer algo y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos a sus ídolos, a sus consortes y a sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario vispera de desgracia, y a imitación de aquel jefe de Policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las visperas de incendios, así yo desde el día 23 me prevengo para el siguiente día de sufri-

miento y de resignación, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano, por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro mujer porque no me diga que sí, pues en punto a amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel a quien la mujer dice *no quiero*, porque ése, a lo menos, oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de expirar en la muestra de mi péndola, y, consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil, hasta que al fin, por la mañana, vino con paso de intervención, es decir, lentísimamente, a teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser *día de agua*. Fué peor todavía; amaneció nevando. Miré el termómetro y marcaba muchos grados bajo cero, como el crédito del Estado.

Resuelto a no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte, incliné la fren-

te, cargada como el cielo, de nubes frías, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal, que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, o me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados ha más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparación exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza o una ilusión. Ora volvía los ojos a los cristales de mi balcón: veíalos empañados y como llorosos por dentro; los vapores condensados se deslizaban a manera de lágrimas a lo largo del diáfano cristal. Así se empaña la vida, pensaba; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre, así caen gota a gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos...

— Haré merced a mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado, aun sin

suelo o sin cobrarlo, que es lo mismo; al menos no está obligado a pensar; puede fumar, puede leer la *Gaceta!*

«¡Las cuatro! ¡La comida!», me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, e involuntariamente iba a exclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer»; porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer; ¡pero los criados de los filósofos! Una idea más luminosa me ocurrió: era día de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad a sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré a mi criado y dije para mí: Esta noche me dirás la verdad. Saqué de mi gaveta unas monedas: tenían el busto de los monarcas de España. Cualquiera diría que eran retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. Las miré con orgullo, y «Come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio; sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes». Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los

naturalistas han tenido la bondad de llamar racional, sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y me planté en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿qué sería de nuestros aniversarios? Pero al pueblo le han dicho: «Hoy es un aniversario», y el pueblo ha respondido: «Pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble.» ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre u hoy pasará indigestión. ¡Miserable humanidad, destinada siempre a quedarse más acá o a ir más allá!

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo, nació el que no reconoce principio y el que no reconoce fin; nació para morir. ¡Sublime misterio!

«¿Hay misterio que celebrar? Pues comamos», dice, el hombre; no dice: «Reflexionemos.» El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir a la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la Plaza, tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algarazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao; figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de viveres una frente altísima y extenuada; una mano seca y roída llevaba a una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía a los bulliciosos liberales de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvención y la culpa; aquélla, agria y severa; ésta, indiferente y descarada.

Todos aquellos viveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás.

¡Las cinco! Hora del teatro; el telón se levanta a la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, o yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra época y

nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza. Ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo Gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgias llaman a los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle a merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene a herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal, que estremece los pisos y las vidrieras, se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña a mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van a dar; las campanas, que ha dejado la junta de enajenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen a todas nuestras cosas, citan a los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va a expirar el 24 y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa, como espera la cuba al cata-dor, llena de vino; mis artículos, hechos

moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es un hombre: es toda verdad.

— Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto, es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los pies si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; a imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están a uno y a otro lado de la cabeza, como los floreros en una *consola*, de adorno, o como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y a la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar a los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato



del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oirla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega a los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado y no tardé en reconocer su estado.

«Aparta, imbécil», exclamé, empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí. «¡Oiga! Está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!»

Me entré de rondón a mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo e interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme, cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi a oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Figaro, aquélla en figura de hombre beodo arrimado a los pies de mi cama para no vacilar, y yo a su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

— Dos ojos brillaban como dos llamas fatidicas enfrente de mí; no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y ratiocinó. Misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar a los animales; ¿por qué no he de hacer yo hablar

a mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho yo una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto, sin embargo, a hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un [hecho. Tal me ha pasado; yo no escribo para los que dudan de mi veracidad. El que no quiera creerme puede doblar la hoja. Esto se ahorrará tal vez de fastidio; pero una sola voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo:

«Lástima», dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación. «¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo a ti, ya lo entiendo.»

«¿Tú a mí?», pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso; y es que la voz empezaba a decir verdad.

«Escucha: tú vienes triste, como de costumbre; yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al ábrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas e interrumpidas de que sorprendo todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remor-

dimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima a quién? No pareces criminal, la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino a los pequeños criminales, a los que roban con ganzúas o a los que matan con puñal; pero a los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo a la mujer casada o a la hija honesta, a los que roban con los naipes en la mano, a los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, a éstos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasión que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado, y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó e hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales, y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.»

«Silencio, hombre borracho.»

«No; has de oír al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que a fuer de ele-

gante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va a separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella o de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso a la pasión y a la sociedad.

»Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desencanto no me espera a la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor, y ¡qué tormento no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reír a costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra a otro partido, o cada vencimiento es una humillación, o compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. A mí, ¿quién me calumnias? ¿Quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante a cubrir mis necesidades; a ti te paga el mundo como paga a

los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo, azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y a cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación; adulas a tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Baleares o a un calabozo.»

«¡Basta, basta!»

«Concluyo; yo, en fin, no tengo necesidades; tú, a pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana a un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, o para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósi-go. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros, hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridiculo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, o vas,

y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres, y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a ti mismo.»

«Por piedad, déjame, voz del infierno.»

«Concluyo; inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¿Política, gloria, saber, poder, riquezas, amistad, amor? Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña; y si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato, ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas; pero no te mandas a ti mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia...»

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado, y el asturiano roncaba. «¡Ahora te conozco — exclamé — día 24!»

Una lágrima preñada de horror y desesperación surcaba mi mejilla ajada ya

por el dolor. A la mañana, amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatidico? ¿Qué cerraba la caja? En tanto la *Nochebuena* era pasada, y el mundo todo, a mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *Noche-buena*.

ARTÍCULOS POLÍTICOS



LAS CIRCUNSTANCIAS

Las circunstancias, he pensado muchas veces, suelen ser la causa de los errores y la disculpa de las opiniones. La torpeza o mala conducta hallan en boca del desgraciado un tápalo-todo en las circunstancias, que, dice, le han traído a menos. En estas reflexiones estaba ocupada mi fantasía no hace muchos días, cuando recibí una carta, que, por confirmar mis ideas sobre el particular y venir tan oportuna a este objeto, de que pensaba hacer un artículo de costumbres, quiero trasladar *ad pedem litteræ* a mis lectores. Decía así la carta:

«Señor Figaro.—Muy señor mío: A usted, señor Figaro, observador de costumbres, me dirijo con dos objetos. Primero, quejarme de mi mala estrella. Segundo, inquirir de su experiencia, pues le imagino a usted, por sus escritos, hombre de esos que han vivido más de lo que les queda que vivir, si hay efectivamente de tejas abajo una fatalidad que persigue a los hu-

manos, y una desgracia en el mundo que se asemeja a la desgracia mía. Soy un verdadero juguete de las circunstancias, cuyo torrente no pude nunca resistir, y que así me envolvieron como envuelven los violentos remolinos de una olla al inexperto nadador que se arrojó incauto en la pérfida corriente del caudaloso río.

»Mi padre era inglés y rico, señor Figaro, pero hallábase aislado en el mundo. Era naturalmente metido en sí, y sólo un amigo tenía: antojósele a este amigo entrometerse en una conspiración, confió a mi padre varios papeles importantes, descubrióse la conspiración, y ambos tuvieron que huir. Vinose mi padre a España, reducido a oro lo que pudo realizar de sus cuantiosos bienes; vió a una linda gaditana, prendóse de ella, casóse, y antes de los nueve meses murió inconsolable, dando y tomando siempre en lo de la conspiración, que hubo de volverle el juicio. Vea usted aquí, señor Figaro, a Eduardo Priestley, humilde servidor de usted, cuyo destino debía haber sido sin duda ser inglés, protestante y rico; español, católico y pobre, sin que pudiese encontrar más causa de este trastrueque que las circunstancias. Ya usted ve que la tomaron conmigo desde pequeño. Mi madre era mujer de rara penetración y de ilustradas ideas. Crióme lo

mejor que supo; y en darme toda la educación que se podía dar entonces en España, consumió el poco caudal que la dejara mi padre. Lleno yo de entusiasmo por la magistratura, y aborreciendo la carrera militar, a que querían destinarme, estudié leyes en la Universidad; pero puedo asegurar a usted que, a pesar de eso, hubiera salido buen abogado, pues era raro mi talento, sobre todo para ese estudio. Probablemente, señor Figaro, después de haber sido gran abogado hubiera vestido una toga, hubiera calentado acaso una silla ministerial, y el Consejo de Castilla me hubiera recogido, al fin de mis días, en su seno, donde hubiera muerto descansadamente, dejando fama imperecedera. Las circunstancias, sin embargo, me lo impidieron. Había un Napoleón en el mundo, y fué preciso que éste quisiera ser emperador y emplear a sus hermanos en los mejores tronos de Europa, para que yo no fuese ni buen abogado ni mal ministro.

»Yo tenía sentimientos generosos; mis compañeros tomaron las armas y dejaron el estudiar nuestras leyes para defenderlas, que urgía más. ¿Qué remedio? Dejé, como fray Gerundio, los estudios, y me metí a predicador; es decir, me hice militar en obsequio de la patria. En la campaña perdí mi carrera, la paciencia y un ojo; y las

circunstancias me dejaron tuerto y capitán: sabe el cielo que para ninguna de estas dos cosas servía. Yo, señor Figaro, era impetuoso y naturalmente inconstante; menos servía, pues, para casado ni nunca pensara en serlo; pero de resultas del bombardeo de Cádiz murió mi madre, que, gozando, por sus relaciones de familia, de algún favor, hubiera adelantado mi carrera. Otro favor que me hicieran las circunstancias. Vime solo en el mundo, y en ocasión en que una linda aragonesa, hija de un diputado de las Cortes de Cádiz, recogíendome y ocultándome en su casa, cubierto de heridas, me salvó la vida por una rara combinación de circunstancias; caséme de honrado y agradecido, que no de enamorado, es decir, que me casaron las circunstancias. En mi segunda carrera debiera haber llegado a general, según mis servicios, que a otros fajaron haciéndose los muy flacos a la patria; pero era yerno de un diputado: quitáronme las charreteras, envolviéronme en la común desgracia, y las circunstancias me llevaron a Ceuta, adonde bien sabe Dios que yo no quería ir. Allí hice la vida de presidiario y de mal casado, que cualquiera de estos dos dogales por sí solo bastara para acabar con un hombre. Ya ve usted que yo no tenía la culpa. ¿Quién diablos me casó? ¿Quién me

hizo militar? ¿Quién me dió opiniones? En presidio no se hace carrera, pero se hace mucho rencor. Sin embargo, salimos de presidio, y como yo era hombre de bien, contúveme; pretendí, pero como no anduve por los cafés, ni peroré, medios que exigían entonces las circunstancias para prosperar, no sólo no me emplearon, sino que me cantaron el *trágala*. Irritéme: el cielo es testigo que yo no había nacido para periodista; pero las circunstancias me pusieron la pluma en la mano. Hice artículos contra aquel Gobierno; y como entonces era uno libre para pensar como el que estaba encima, recogí varias estocadas de unos cuantos aficionados que se andaban haciendo motines por las calles. Ésta fué la corona de laurel que dieron las circunstancias a mi carrera literaria. Escapéme, y fui a reunirme con los de la fe; dijéronme allí que las circunstancias no permitían admitir en las filas a un hombre que había sido marido de la hija de un diputado de las Cortes de Cádiz; y no me ahorcaron por mucho favor.

»No pudiendo vivir como realista, fuíme a Francia, donde, en calidad de liberal, me colocaron en un depósito, con seis cuartos al día. Vino, por fin, la amnistía, señor Figaro ¡Eh!, gracias a una reina clemente, ya no hay colores, ya no hay partidos,

Ahora me emplearán, digo yo para mi; tengo talento; mis luces son conocidas; soy útil... Pero ¡ay!, señor Figaro, ya no tengo madre, ya no tengo mujer, ya no tengo dinero, ya no tengo amigos; las circunstancias de mi vida me han impedido adquirir relaciones. Si llegara hacerme visible para el poder, acaso lograría: mis intenciones son las mejores del mundo; mas ¿cómo abrirme paso por entre la nube de porteros y ujieres que parapetan y defienden la llegada a los destinos? Las solicitudes que se presentan solas son papeles mojados. ¡Hay tantos que piden por pedir! ¡Hay tantos que niegan por negar! Cien memoriales he dado; otras tantas espaldas he visto. «Deje usted; veremos si estas circunstancias se fijan», me dicen los unos. «Espere usted», me responden los otros: «¡hay tantos pretendientes en estas circunstancias!» Pero, señor, replico yo, también es preciso vivir en estas circunstancias. ¿Y no hay circunstancias para los que logran?

»Esta es, señor Figaro, mi posición: o yo no entiendo las circunstancias, o soy el hombre más desdichado del mundo. El hijo del inglés, el que debía haber sido rico, magistrado, literato, general, hombre ajeno de opiniones, acabará probablemente sus tres carreras distintas en un solo hos-

pital verdadero, merced a las circunstancias; al mismo tiempo que otros que no nacieron para nada, y que han tenido realmente todas las opiniones posibles, anduvieron, andan y andarán siempre levantados en zancos por esas mismas circunstancias. De usted, señor Figaro, *Eduardo de Priestley*, o el hombre de circunstancias.»

No puedo menos de contestar al señor de Priestley que el daño suyo estuvo, si hemos de hablar vulgarmente, en nacer desgraciado, mal que no tiene remedio; si hemos de raciocinar, en traer siempre trocadas las circunstancias, en no saber que mientras haya hombres, la verdadera circunstancia es intrigar, estar bien emparentado, lucir más de lo que se tiene, mentir más de lo que se sabe, calumniar al que no puede responder, abusar de la buena fe, escribir en favor y no en contra del que manda, tener una opinión muy marcada, aunque por dentro se desprecien todas, procurando que esa opinión que se tenga sea siempre la que haya de vencer, y vociferarla en tiempo y lugar oportuno; conocer a los hombres, mirarlos de puertas adentro como instrumentos, y tratarlos como amigos, cultivar la amistad de las bellas, como terreno productivo; casarse a tiempo, y no por honradez, gratitud ni otras ilusiones; no enamorarse sino de

dientes afuera, y eso de las cosas que puedan servir...

Pero, Santo Dios, gritará un rígido moralista. ¡Qué cuadro! ¡Maquiavélicos principios! Figaro no dice que sean buenos, señor moralista; pero tampoco Figaro hizo el mundo como es, ni lo ha de enmendar, ni a variar el corazón humano alcanzarán todas las sentencias posibles. Las circunstancias hacen a los hombres hábiles lo que ellos quieren ser, y pueden con los hombres débiles; los hombres fuertes las hacen a su placer, o, tomándolas como vienen, sábenlas convertir en su provecho. ¿Qué son, por consiguiente, las circunstancias? Lo mismo que la fortuna: palabras vacías de sentido con que trata el hombre de descargar en seres ideales la responsabilidad de sus desatinos; las más veces, nada. Casi siempre el talento es todo.

LAS PALABRAS

No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡grande picardía por cierto!; nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz, por más que digan; un poco fiero, algo travieso, eso sí; pero en cuanto a lo demás, si ha de juzgarse de la indole del animal por los signos exteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Bufon y Valmont de Vaumare, me dijese que animal, por animal que sea, habla y escucha. He aquí precisamente la razón de la superioridad del hombre, me dirá un naturalista, y he aquí precisamente la de su inferioridad, según pienso yo, que tengo más de natural que de naturalista. Presente usted a un león devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al león), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse a la fiera sobre la inocente presa, con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere

una necesidad positiva que está por satisfacer.

— Preséntele usted al lado un artículo de un periódico el más lindamente escrito y redactado; háblele usted de felicidad, de orden, de bienestar; y apártese usted algún tanto, no sea que, si lo entiende, le pruebe su garra, que su única felicidad consiste en comérselo a usted. El tigre necesita devorar al gamo; pero seguramente que el gamo no espera a oír sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razón. La hembra no engaña al macho, y viceversa, porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil por la misma razón: a la simple vista huye el primero del segundo, y éste es el orden, el único orden posible. Déseles el uso de la palabra; en primer lugar, necesitarán una academia para que se atribuyan el derecho de decirles que tal o cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios, por consiguiente, que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones a los demás, a quienes creen que importan. El león más fuerte subirá a un árbol y convencerá a la más débil ali-

maña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir a su albedrío, sino para obedecerle; y no será lo peor que el león lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre a las cosas, y llamando a una *robo*, a otra *mentira*, a otra *asesinato*, conseguirán no evitarlas, sino llenar de delincuentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio; el noble bruto que dormía tranquilamente las veinticuatro horas del día, se desvelará ante la fantasma de una distinción; y al hermano, a quien sólo mataba para comer, matarále después por una cinta blanca o encarnada. Déles usted, en fin, el uso de la palabra y mentirán: la hembra al macho, por amor; el grande al chico, por ambición; el igual al igual, por rivalidad; el pobre al rico, por miedo y por envidia; querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo, ¡vive Dios!; éstos se dejarán degollar porque los mande uno solo, afición que nunca he podido entender; aquéllos querrán mandar a uno solo, lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (o mejor, no sé lo que quiere decir) los que manden a los de baja cuna; allá no habrá diferencia de cuna... ¡Qué confusión! ¡Qué labe-



rinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que ésa la reconocén todos y convienen en ella; de eso proviene no haber diferencia.

En conclusión, los animales, como no tienen el uso de la razón ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices: no pueden engañar ni ser engañados, no creen ni son creídos.

El hombre, por el contrario, el hombre habla y escucha; el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué indole! El hombre cree en la mujer, cree en la opinión, cree en la felicidad.. ¡Qué sé yo en lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree: Digale usted que tiene talento. «Cierto», exclama en su interior. Digale usted que es el primer ser del universo. «Seguro», contesta. Digale usted que le quiere. «Gracias», contesta de buena fe. ¿Quiere usted llevarle a la muerte? Trueque usted la palabra, y digale: «Te llevo a la gloria», irá. ¿Quiere usted mandarle? Digale usted sencillamente: «Yo debo mandarte». «Es indudable», contestará.

He aquí todo el arte de manejar a los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras. «El

hambre, ¡oh lobos!, decidles, se ha acabado: ahogado el monstruo para siempre...» «Mentira, gritarán los lobos...: al redil; el hambre se quita con cordero...» «La hidra de la discordia, ¡oh ciudadanos!, dice por el contrario un periódico a los hombres, yace derribada con mano fuerte; el orden de hoy más será la base del edificio social; ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte; el iris de paz (que no significa paz) luce después de la tormenta (que no se ha acabado); de hoy más la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomún...», etc. «¿Ha dicho usted *hidra de la discordia, justicia, procomún, horizonte, iris y legalidad?* Ved en seguida a los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones. ¡Maravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Después de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con sólo decir *mañana* de cuando en cuando y echarles palabras todos los días, como echaba Eneas la torta al cancéber, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre...: palabras todo, ruido, confusión; positivo, nada. ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!

CARTAS DE FÍGARO A UN BACHILLER, SU CORRESPONSAL

PRIMERA

Ya no sé si se acordarán todos los suscriptores de nuestro decano periódico de aquel Figaro condenado a provocar su sonrisa eternamente, tenga él o no humor de divertirse a si o a los demás. Pero si puede muy bien haber sucedido que la mayor parte de nuestros lectores no se hayan acordado más de nosotros que nuestra ilustrada Junta Sanitaria de surtir de medicinas a Madrid. Al menos tenemos la positiva y halagüeña seguridad de que uno siquiera ha notado la falta de nuestros cándidos párrafos durante tan largo silencio. Este ha sido un aficionado a nuestro papel, encerrado, según se nos dice, en uno de los más recónditos rincones de esta monarquía, a trozos regenerada, a trozos oprimi-

da todavía por el obscurantismo, alimaña tan de moda de algún tiempo a esta parte en periódicos y alocuciones. Firmase el *bachiller*, y dirige al Sr. Figaro exclusivamente su carta, reducida a un sinfin de preguntas acerca de las circunstancias, a las cuales contestaríamos privadamente, a no dar la funesta casualidad de que olvida nuestro bachiller lo principal, como se usa en el país, y no nos dice el pueblo de su residencia, ni la fecha a que escribe, ni el modo de ponerle el sobre, contando sin duda demasiado con la sagacidad de las redacciones de periódicos. Careciendo, pues, de un medio seguro de hacer llegar a sus manos la respuesta, y siendo, por otra parte, demasiado atentos para dejar a nadie sin ella, porque al fin ni somos santos ni autoridades, que son los únicos que a todo el mundo oyen y a ninguno contestan, nos decidimos a insertar en nuestro gacetín estas letras, ciertos de que allá en la librería del pueblo donde estuviere nuestro corresponsal se las encontrará, quedando de este modo solventada con él la deuda de urbanidad que nos obliga a contraer.

En esto no hacemos sino imitar el ejemplo de un cura catalán, cuyo caso contaremos. Debíale un eclesiástico de un pueblo de Andalucía una peseta; cantidad que, si

bien no era para perdida, debía considerarse como tal, por la dificultad de hacer la remesa a tanta distancia o de girar una letra de tan módico importe. Escribíale, pues, en vista de esto, el aprovechado clérigo-catalán: «Muy señor mio: Con respecto a la cuenta que de la citada peseta tenemos pendiente, he discurrido que por el presente aviso puede echarla en el cepillo de ánimas de la iglesia de ese pueblo, pues yo ya la he sacado del de ésta a buena cuenta; y en paz. Con lo cual queda de usted su afectísimo capellán el cura de...»

Ahora bien; he aquí nuestra contestación al incógnito corresponsal. Mucho me huelgo, señor bachiller de este pueblo, de cuyo nombre mal pudiera acordarme, de haber recibido su carta benévola y preguntona.

Hónrame sobremanera la falta que nota de escritos míos en la *Revista*; pero ha de hacerse cargo de muchas cosas. Mis artículos, en primer lugar, no han de ser artículos de decreto que se fragüen a un dos por tres y a salga lo que saliere, sin perjuicio de enmendarlos luego o de que nadie se cure de obedecerlos. Al fin tengo mi poca o mucha reputación que perder. Por otra parte, acaso no sabrá vuesa merced que desde que tenemos una racional libertad

de imprenta, apenas hay cosa racional que podamos racionalmente escribir. Si a esto se agrega, como vuesa merced no tendrá dificultad en agregarlo, que estamos ahora los periodistas tratando de tomar color, para lo cual tenemos que esperar a que lo tome primero el Gobierno, con el objeto de tomar otro distinto, puesto que él se ha quedado con la iniciativa, no se admirará de que callemos nosotros, bien así como él calla en puntos de más prisa y trascendencia.

Además, aunque los partes oficiales y los relatos de las sesiones en substancia no dicen nada, no dejan por eso de ser largos; nos ocupan, por consiguiente, las tres cuartas partes de nuestras columnas, y no nos dejan espacio para nada. Añada vuesa merced a esas causas que yo escribo tan despacio, que cuando estoy sobre mi bufete con la pluma en la mano, no parece sino que estoy organizando la Milicia Urbana, tomando providencias contra algún motin.

Por lo demás, aquí, según usanza antigua, todo va como Dios quiere, y no puede haber cosa mejor, porque al fin Dios no puede querer nada malo. Nuestra patria camina a pasos agigantados hacia el fin para que aquel Señor la crió, que es su felicidad. Por el pronto, ya tenemos el uniforme de los señores próceres, que es man-

to azul rastrero, según las venerandas leyes del siglo XIV, exceptuando el terciopelo, que no alcanzaron aquellos estamentos, si bien aquí entra el modificar aquellos venerandos usos según las necesidades del día: verdad igualmente aplicable al calzón de casimir, media de seda, hebilla y tahali, de que nada dicen Pero López de Ayala, ni Zurita, ni el Centón, pero que constituyen, con la gola altibaja y demás, este nuevo antico-moderno. Tiene su correspondiente espada, su gorro y su enaguilla de glasé. Dicen que cuesta mucho, pero más ha costado llegar a ese punto. Si vuesa merced tiene baraja, como es de suponer, mirando al rey de espadas podrá formar una idea aproximada; y por ende, verá que es bonito, y que si bastan, como es de creer, para costearle los sesenta mil reales de procerazgo, ha de ser curioso el ver a esos señores vestidos y hablando, todo a un tiempo.

Igualmente sabrá vuesa merced cómo todas las visperas de alboroto, que, según parece, va a ser el pan nuestro de cada día, se deberán afeitar como la palma de la mano todos los que tengan bigote, por ser incompatibles estos cuatro pelos con el orden y la libertad racional. Efectivamente que muchas de sus calamidades le vienen al hombre de no saber echar peli-

llos a la mar. Por esas medidas conocerá vuesa merced que aquí no nos dormimos en las pajas.

Tal vez habrán dicho en ese villorrio que está el cólera en Madrid. Lo que es aquí nadie lo sabe de oficio; lo que hay no es el cólera, sino una enfermedad reinante y sospechosa; tanto, que esas malditas sospechas han llevado a muchos al cementerio, en fuerza, sin duda, de lo cavilosos. Pero si dicen a vuesa merced que mueren tantas y cuantas gentes al día, no lo crea; al día no muere nadie, porque si así fuese habría parte sanitario, si es que no le dan por no haber sanidad maldita de que darle. En consecuencia, si el mal está en Madrid, la autoridad lo tiene callado, así que nadie lo sabe.

Tres cosas, sin embargo, van mejor todos los días sin que se eche de ver: la libertad, la salud y la guerra de Vizcaya. ¡Tal es la reserva con que se hacen estas cosas!

¿Se sabe algo por ahí, señor bachiller, de D. Carlos? Por acá todos convenimos en que está en Londres, en Francia y en Elizondo a un mismo tiempo, así como están de acuerdo los médicos en que el cólera no puede venir a Madrid por estar muy alto, y en que es contagioso y no epidémico, y epidémico y no contagioso. En cuan-

to al modo de curarlo, ya averiguado, llenos están los cementerios de preservativos seguros, de remedios infalibles y de métodos curativos. Volviendo a D. Carlos, dicen que el Gobierno sabe de fijo dónde para; pero vaya usted a preguntárselo.

Por acá no se encuentra un procurador, ni un cajista de imprenta, ni un médico, ni un limón, ni una sanguijuela por un ojo de la cara; pero para eso se encuentran mendigos a pedir de boca, basura en las calles a todas horas, y una camilla al volver de cada esquina.

¡Ah! Se me olvidaba; el discurso de la Corona ha gustado generalmente; es tan bueno que es de aquellas cosas que no tienen contestación; a lo menos, hasta ahora, nadie se la ha dado. Se asegura, sin embargo, que la están pensando a toda prisa.

Diceme que viene vuesa merced a Madrid. Si está pronto a presentar sus cuentas a Dios, venga cuanto antes. Si viene a pretender, o ha tenido empleo y ha sido emigrado en tiempo de la Constitución, no hay para qué. Si es carlista puede venir seguro de adelantar algo, que carlistas, y muchos, encontrará en buenos destinos, que le favorezcan; preguntaráme, tal vez, si no les quitan; ¿para qué, si andando el tiempo ellos se irán muriendo? Si viene a oír las discusiones estamentales, en buen

hora, por lo que respecta al Estamento de Procuradores; pues en el de Próceres han encaramado al público en un caramanchón estrecho y *cortilargucho*, según dice la *Pata de cabra*, como si no quisieran ser oídos. Se está allí tan mal como en el teatro de la Cruz o en un concierto de guitarra. Han arrinconado igualmente en un ángulo del techo a los taquigrafos; de tal suerte, que parecen telas de araña.

Muy alto piensan hablar si desde allí les han de seguir la palabra.

No sé si me dejo algo a qué contestar; si así fuese, en otra carta irá, pues a la hora que es, ando de prisa, por tener que formar una lista de los señores procuradores que no han llegado aún, y otra de los cordones sanitarios inútiles que hay en España, que cogerá algunos pliegos.

Quedo, pues, rogando, señor bachiller, que los facciosos de las gavillas que hace un año se están destruyendo todos los días completamente, no intercepten por esas *veredas* esta carta, y que la Administración de Correos, tan bien montada en este país, no la incomuniquen para diligencias propias, o no se la mande por América, así como recibimos, por qué sé yo dónde, la correspondencia de Francia, merced a las victorias no interrumpidas que nos tienen expedita la carretera principal.



De vuesa merced, señor bachiller, atento servidor.

P. D. No se le importe a vuesa merced un bledo de las venidas de D. Carlos a este país, pues que la cuádruple alianza está contratada para su conducción fuera de la Península, cuantas veces se le hallare; porque en lo de dejarle venir, coja vuesa merced el texto y verá cómo nada hay tratado, además de que mal pudiera la cuádruple alianza sacarle de la Península si él no viniera.

SEGUNDA

¿Querrá creer vuesa merced, señor bachiller, que han encontrado malicia en la primera carta que le escribí, y cuya publicidad de ninguna manera he podido evitar en esta corte? De todo tiene la culpa el empeño que manifiesta de no tener nombre conocido, ni domicilio sabido, precisamente en unos tiempos en que las cosas todas se vuelven nombres. ¿No repara vuesa merced cómo una cosa se llama *regeneración*, otra *reformas*, otra *estamentos*, aquella de más allá *libertad*, esotra *representación nacional*? ¿Qué más? Cosa hay que se llama *seguridad individual*, y *ley*, y...

¿Qué le costaba a vuesa merced ponerse un nombre, y más que vuesa merced no sea nada en substancia tampoco? Así evitaríamos el que se anduviese todo el mundo leyendo lo que le escribo y murmurando de ello de corrillo en corrillo, ni más ni menos que si yo dijera todo lo que hay que decir, o todo cuanto en el caso me ocurre?

Pero en esta carta, que será la última, yo le juro a vuesa merced por la racional libertad de que gozamos (y es todo un juramento), que quiero que me hagan ministro si me consiento a mí mismo la más leve chanza sobre cosa de gobierno, o que por lo menos lo parezca. No sino ándeme yo en chanzas, y bregue con el censor, y prohíbame el escribir más a mis amigos, que será arrancarme el alma, sólo porque él reciba sueldo del Gobierno e instrucciones, y yo del Gobierno ni quiera lo uno ni necesite lo otro, y préndanme bonitamente, y quédense con el *por qué* por allá y... No, señor; si vuesa merced quiere divertirse con mis cartas, dígame quién es, y le escribiré en sesión secreta; todo lo más que puede suceder es que abran la carta; pero entonces ya, señor bachiller, que la prohiban. Esta, pues, sobre ser la última, no encerrará reflexión ni broma alguna, tanto por las razones dichas, cuanto por

que Dios sabe, y si no, lo sé yo, que no tengo para gracias el humor; en punto sobre todo a gobierno, haré la del loco con el poder: «Quita allá, que es gobierno.» Hechos no más en adelante; y si a los hechos lisa y llanamente contados les encuentra malicia, no estará en mí, sino en los hechos o en el que los leyere; entonces malicia encontrarían hasta en una fusión cordial del Estamento y del Ministerio.

Corren voces de que un ministro va a hacer dimisión, pero no lo crea vuesa merced, ésas son bromas; lo mismo están diciendo hace dos meses de otro, y pasa un día, y pasa otro día, y en resumidas cuentas, no pasan días por él.

En el Estamento de Próceres ya sabrá vuesa merced que la contestación al discurso del Trono fué cosa muy bien escrita; fué un modelo de lenguaje y de elegancia castellana, es uno de los trozos más correctos que posee la lengua.

De la de Procuradores nada tengo que contar a vuesa merced, si no es que en este momento no es oportuno que use el hombre el don de la palabra con que le distinguió su Divina Majestad de los demás animales. Lo que urge, por ahora, es que cada uno calle lo que sepa, si es que no lo quiere decir en un tomo voluminoso, que entonces, como nadie lo ha de leer, debe el

hombre ser libre; pero decirlo todas las mañanas en un periódico, eso no. El don de la palabra es como todas las cosas; repetidas diariamente, cansa.

Los jurados no son para este momento; no hay cosa peor que jurar, y si es en vano, peor que peor. En eso va de acuerdo el partido ministerial con el padre Ripalda. Se ha convenido por ahora en que los españoles somos muy brutos para decir lo que pensamos, y más para que nos juzguen en regla.

Sabrás vuesa merced como se ha determinado que la legislación nuestra no es absurda.

¿Querrá vuesa merced creer que se ha lucido la Cataluña? Los señores Procuradores por aquella provincia se han plantado con 29. Llegaban a Martorell el 28, habiendo salido de Barcelona el 22, que es caminar; al llegar allí supieron lo del cólera, por más que aquí no se lo contamos a nadie, y oficiaron diciendo que eso no era regular: efectivamente, es más fácil que vaya la nación toda a Martorell, que no que venga todo Martorell a la nación. ¡El uno, figúrese vuesa merced, que ya iba de aquí escamado de lo de Vallecas! Eso de representar ha de ser donde a uno le coja, porque andarse de ceca en meca para dar representaciones nacionales, eso fuera

ser Procurador de la lengua. Si la patria tiene urgencia que se la pase; más vale un mal Procurador de Cataluña que cuatro buenas patrias. Un Procurador catalán, a imitación de García del Castañar, no dará por todas las grandezas de la corte ni un dedo de Martorell.

Ya sabe vuesa merced como estaban presos dos individuos sobre lo de aquella grandisima conspiración que dicen que ha habido; como no les han encontrado delito, los han desterrado, uno a Badajoz y otro a Zaragoza : parece que han representado, pero sus representaciones son como las de Cataluña, que nadie las oye.

Según los datos sanitarios que ahora nos da la *Gaceta Médica*, resulta que sin haber habido cólera en Madrid, como ya dije a vuesa merced, han muerto de él unas 4.000 personas y pico, sin que se pueda saber cuál es el pico. Por ahí verá vuesa merced si la enfermedad es traidora.

Ha de saber vuesa merced que en Madrid son los cordones sanitarios y las medidas de aislamiento la cosa más mala del mundo. Por eso no se han usado. Pero a catorce leguas de Madrid no hay cosa mejor. Así es que en Segovia se separa al enfermo de su familia, se lleva a ésta a una barraca, se tapián las casas y las calles, se queman las ropas, ¡qué sé yo! ¿Hay enfer-

medad más rara y más variable? Parece un periódico. ¡Aquí, epidémica! ¡Allá, contagiosa! ¡Válgame Dios!

¡Mire vuesa merced el telegrafito y el consulito de Bayona y las cartas de Londres! Ahora salimos con que es D. Carlos el que está en Navarra. Créase vuesa merced después de cónsules, y de telégrafos, y de cartas de Londres.

¡Ah! ¿Sabe vuesa merced quién es ministerial?... *La Abeja*. Aquella *Abeja*... En una palabra, *La Abeja*.

¿Sabe vuesa merced quién es el periódico de la oposición? *La Revista*. Ello nos cuesta un ojo de la cara. El Gobierno, de resultas, ha recogido cuantas suscripciones y auxilios prestaba : hasta ha habido persona que ha devuelto su ejemplar particular sin leerle, que ha sido lástima. Desde entonces parece que ha tenido mano de santo, porque la suscripción sube que es un contento. ¡Cómo ha de ser! Ya sabe vuesa merced que somos buenos cristianos. Así es que lo llevamos con bastante resignación.

Perdone vuesa merced, porque he oído llamar a mi puerta. Acaso vengán a prenderme o a llevarme a Zaragoza. Así como así no debo estar muy cuerdo. Por lo tanto, señor bachiller, felicidades, y póngase un nombre. Cuando la misma *Revista* se

ha puesto el suyo, bien podrá conocer que no es tiempo ya de andarse con anónimos y secretitos.

P. D. ¿Ha leído vuesa merced el *Pobrecito hablador*? Yo le publicaba en tiempo de Calomarde y de Zea; ahora, como tenemos libertad racional, probablemente no se podría publicar.

SEGUNDA CARTA DE UN LIBERAL DE ACÁ A UN LIBERAL DE ALLÁ

Sin duda será cosa que te asombre, querido Silva Carballo d'Alburquerque, recibir mi segunda carta antes que la primera. Ya se ve, acostumbrados ahí en Portugal a proceder lógicamente y empezar siempre por el principio, me tratarás de loco, si es que no me tratas de ministerial. Pero te has de hacer varios cargos. En primer lugar, no en todas partes hay las mismas costumbres. En España solemos empezar por lo último, dejándonos lo principal en el tintero, y pensar que yo solo me he de salir del camino trillado, es pedir peras al olmo, o, lo que es lo mismo, liberalizar a un Ministerio; es buscar cotufas en el golfo; más claro, por si no entiendes este refrán, es buscar una sentencia de muerte en causa carlista.

Ni yo veo la necesidad de empezar siem-

pre por el principio, sobre ser ésta cosa que a cualquiera le ocurriría, y aquí no somos cualquiera; el empezar por lo último tiene la singular ventaja, que a ti no te habrá ocurrido, de aparecer las cosas acabadas desde luego. Las naciones se manejan como los sonetos, los cuales, si han de ser buenos, no hay poeta mediano que no los empiece por el último verso. Agrega a esto, que de hacer las cosas mal, resulta otro beneficio, cual es el de poderlas enmendar, y así, lo que no va en el libro va en la fe de erratas. A cuyo propósito viene de perilla el recordarte el cuento de nuestro D. Bartolomé, acerca del mal pintor que quería blanquear, y luego pintar su casa, y a quien un inteligente aconsejaba que mejor le estaría para su gloria pintarla primero y después blanquearla. En segundo lugar, has de saber que mi primera carta fué malamente interceptada; y no es decir que te la enviase yo por Vizcaya, lo cual hubiera sido grave error geográfico, sino por el conducto de este malhadado periódico, que perdona la censura. Pero es de advertir, amigo, que un periódico es en el día, en punto a interceptaciones, una verdadera Vizcaya. Es más fácil casi llevar un pliego al general en jefe, aunque no se sepa dónde para, que hacer llegar al público un mal artículo. Verdad es que, si

hemos de hablar claro, es más fácil saber dónde está el público que dónde está Rodil; ya ves que no te lo pondero poco. Cada periódico dice que lo tiene en su casa; pero en realidad, el público es como la libertad, que todos dan en decir que la tenemos, y ninguno la ve.

Interceptada, pues, mi primera carta, ¿qué otro recurso me queda que escribirte la segunda? Si yo no fuera tan escrupuloso, bien pudiera llamar segunda a la primera; pero yo, amigo, como Boileau, *J'appele un chat un chat et Rollet un fripon.*

Y así me dejaran, como llamaría otras muchas cosas por su nombre; que a creerme autorizado como el ministerio de lo Interior a mudar los nombres a las cosas, ya puedes imaginarte que no sería por mis cartas por donde empezaría.

Vamos a otra cosa; ¿no hay facciosos en Portugal, querido Silva? ¿Hay país más raro? ¿Cómo podéis vivir sin facciosos? ¿De qué habláis, pues? ¿A quién perseguís? ¿De qué llenáis vuestra *Gaceta*? ¿Vivís sin partes oficiales, sin sorpresas? Raro me habían dicho que era Portugal, pero no tanto.

Dolorosa me ha sido la muerte de vuestro D. Pedro, muy dolorosa, más por afición que le tenía, que por creer que os fuese necesario. Sin ir más lejos, aquí no hemos tenido D. Pedro, y nos hemos pa-



sado sin él; verdad es que también nos pasamos sin otras cosas. ¿Es posible que en Portugal nadie tiene miedo a los liberales? ¡Lo que va de un clima a otro! Lo mismo sucede con esto que con las tarántulas, que en tierra de tarento son ponzoñosas, y en países más fríos no; por acá los liberales son tremendos, así es que les tenemos, no diré un miedo cervical, pero sí un miedo ministerial. Si el liberal, sobre todo, ha emigrado, y si necesita empleo para vivir, es cosa muy perjudicial; los liberales buenos son los que no han emigrado, ni se han estado aquí, y los que no necesitan comer para vivir. Los demás llevan siempre la anarquía en el bolsillo. En Portugal, por el contrario, los temibles eran los miguelistas; aquí no, aquí los carlistas son, como si dijéramos, de casa...; pero baste en este punto.

Por las *Gacetas*, dices, conoces que lo de Vizcaya va bien; yo lo creo; un señor procurador bien informado ha dicho no ha mucho en el Estamento que el año pasado tenía la facción unos dos mil hombres, y que en el día cuenta veinte mil; me parece, pues, que no puede ir mejor; la facción parece deuda del Estado, según crece.

Preguntarásme de dineros; en eso sí que estamos bien; ya sabes, por la mucha filosofía que has estudiado, que no es más rico

aquel que tiene más dinero, sino aquel que tiene menos deseos. Por esta regla de eterna verdad, ¿qué nación más rica que la nuestra? Aquí nadie desea más de lo que tenemos; ¡mira tú si nos contentamos con poco! En realidad no falta casi nada, porque no falta más que dinero. Pero esto se compondrá, Dios y un empréstito median-tes.

Por las discusiones del Estamento te enterarias de cómo la España no está bastante civilizada; en una palabra, bastante madura para instituciones más anchas. Pero si no está madura para eso, lo está en cambio para otras cosas. Para pagar lo que se ha comido y lo que no se ha comido; para reconocer sus deudas y las ajenas está en toda su sazón. Se desgaja del árbol. En punto a deudas está al nivel de las naciones más cultas. Efectivamente, si es señal de madurez en la fruta el estar caída, convengamos en que nuestra patria está más que madura; está pasada.

Con respecto a caminos no hay otra novedad, si es que eso se puede llamar novedad, que el seguir los más de ellos interceptados, incluso el de las reformas. A bien que siempre nos queda expedito el del cielo, que es el gran camino, y por el cual caminamos a pasos agigantados con toda la paciencia de buenos cristianos; los de-

más, en realidad, más son veredas que caminos.

A propósito de veredas: ya sabrás que han nombrado a Mina para la guerra de Vizcaya. Mina hará una carrera rápida con este Gobierno. Un año ha tardado no más en ser empleado. Otro año más y sabe Dios adónde llegará.

El Estamento de Próceres tuvo antes de ayer una sesión; es probable que tenga otras. Sabrás como ya se emplean por todas partes los hombres de talento. No se da un solo destino que no sea al mérito.

La Milicia Urbana ya se ha reunido, no sólo una vez, sino que creo que ha sido hasta dos. Se dice que si dará o no dará un poquito de servicio las tardes de los días de fiesta en el teatro. Con esto ya verás qué paso lleva Zumalacárregui.

El cólera sigue haciendo en algunas provincias más estragos que un reglamento de censura.

Mucho me alegro de que en Portugal seais tan libres y tan felices. Aquí es enteramente lo mismo.

Hasta otra, querido Silva. — *El liberal de acá.*

PRIMERA CONTESTACIÓN DE UN LIBERAL DE ALLÁ A UN LIBERAL DE ACÁ

Dices, querido liberal casteçao, que me asombrará el recibir tu segunda carta antes que la primera. Te equivocaste, amigo, como es estrella vuestra en todas ocasiones; a mi en hablándoseme de ese país no me asombra nada. Hubiéramos antes parecido cosa rara haber recibido tus cartas por su orden. Ya por acá sabemos que en punto a *cartas* no jugáis muy limpio.

Pero en fin, he recibido la segunda, a propósito de lo cual te diré que vengan ellas, y vengan como y cuando puedan, que yo luego las ordenaré, como Dios me diere a entender, a semejanza de aquel que no sabiendo más de ortografía que muchos gobernantes de gobierno, enviaba juntos en la posdata gran número de comas y signos de puntuación, añadiendo a su corresponsal: «*Por lo que hace a los pun-*

tos y las comas, ahí van todos juntos para que usted se entretenga en ponerlos en su lugar, que yo ando de prisa.»

Nótase en toda tu carta cierto mal sabor de ironía, capaz de dar vahídos al más duro de cabeza, si se les diese a ciertas cabezas duras algo de algo. Por el rey D. Sebastián, te juro que no entiendo por qué os quejáis tanto los liberales casteños. ¿Tenéis vosotros vencedores y vencidos? Claro está que no; porque aunque los facciosos en algunas partes hasta ahora han podido más, se les debía contar lo que de dos que habían reñido decía un chusco, al preguntarle quién de los dos había podido más. *«Claro está, respondió, que el que cayó debajo, puesto que tuvo al otro encima.»*

Ellos han podido más, porque en realidad siempre os tienen encima.

Insisto, por otra parte, en que no hay vencedores ni vencidos, como dice vuestro Ministerio; para convencerse de lo cual basta echar una ojeada a los puestos respectivos que ocupaban el año 32 Calomarde y los suyos, y a los que ocupan en el día sus sucesores; esas mudanzas no han sido haber vencedor ni vencido, sino finura de Calomarde, que ha renunciado generosamente su sillón a los que mandan en el día.

Convengamos en que es un gran consue-

lo para uno que lo pasa mal decirle al oído: «Lo pasa usted mal, pero hágase usted cargo de que no hay vencedores ni vencidos»; que te roben al volver de una esquina, que te salga una lupia en medio de la frente, o una joroba en medio de las espaldas, nada te debe de importar; porque sin esos vencedores y vencidos no hay felicidad posible en la tierra, como lo hallarás escrito en todos los filósofos. Ahora con vencedores y vencidos marchas por tu camino como un coche con sus ruedas. Despachaos, pues, los liberales casteaos a vencer a alguien, y si los carlistas no se dejan vencer, venceos por el pronto a vosotros mismos, que ése será el vencimiento que esos señores querrán dar a entender como necesario para que todo entre en caja, sobre ser esa clase de victoria la más agradable a los ojos de Dios.

Y aunque no tuvierais en cada desgracia que os sucede el gran consuelo de reflexionar que no hay vencedores ni vencidos, no veo yo la causa de tanta aflicción. Que está el Pretendiente en Vizcaya... Y bien: ¿Y qué es el Pretendiente? Según una feliz expresión de un diputado francés, traducida y arreglada para vosotros por un amigo tuyo y mio, nada: un faccioso más.

Que se ha aumentado la facción; que te-

nia dos mil hombres el año pasado y que éste tiene veinte mil, como me dices en tu segunda carta. Pero, ¿qué es eso, amigo mío? Bien contado, nada: diez y ocho mil facciosos más.

Que os dió gran dolor lo de Carondelet; ¡oh almas apocadas! ¿Y qué es eso bien mirado? Nada: una sorpresa más.

¡Ay, amigo; las cosas son como se quieren ver! Filosofemos un momento. Quiero suponer que volviéramos al año 32, que es todo lo peor que os podría suceder. Y bien. A los ojos de la poesía, ¿qué sería esto? Nada: diez años más de despotismo y que te ahorcasen a ti, por ejemplo. ¿Y qué sería esto comparado con la inmensidad del universo? Nada: un ahorcado más en el mundo.

Que no tenéis dinero... ¿Y qué es eso? Nada: una miseria más. Que no teniendo un cuarto, habéis reconocido todo lo anterior. ¿Y qué es eso? Nada: una deuda más. Que tenéis que recurrir a un empréstito. ¿Y qué es eso? ¡Oh ánimas mezquinas! Nada: un empréstito más. Que hay cólera, en fin, en varias provincias... ¿Y qué es eso últimamente? Una calamidad más.

Ya ves que tomadas las cosas de esa manera, maldito si hay por qué afligirse. A propósito de afligirse, ¿qué hay del Ministerio del Interior? Después de haber mu-

dado los nombres a las cosas, supongo que habrá hecho mil otras reformas de primera importancia. Escribeme largo en ese punto, si hay de qué.

¿Cómo va de Milicia Urbana? Ya inspirará confianza a todo el mundo; ya estará toda organizada y armada; dóilo por supuesto.

Háceme reír, por último, en tu carta, lo que del miedo que a los liberales se tiene por ahí, me dices. En cuanto a eso, y en cuanto a los muchos que han andado de cárcel en cárcel y de destierro en destierro por conspiradores, así como a los que andan sin colocación todavía por anarquistas, concluiré esta misiva con recordarte el lema que un escribano ladino encontró en un pesado mamotreto, revolviendo el archivo de la Chancillería de Valladolid. Decía así: *Causa formada a las monjas del convento de Santa Clara de esta ciudad, por volar y otros excesos.*

Así me parece a mí que son los excesos de esos pobres liberales de Castilla, como los vuelos de las madres; con lo cual quedo a tus órdenes, esperando noticias de esa nación privilegiada, la cual se me figura que, andando siglos, podrá llegar algún día a remontarse a la altura de Portugal.

Ou senhor don Sebastião Garvalho d'Albuquerque.

TERCERA CARTA DE UN LIBERAL DE ACÁ A UN LIBERAL DE ALLÁ

Dos cartas he recibido tuyas, querido Silva, la una en letra de molde por el conducto de esta estafeta pública, y secreta la otra, en que nos haces a los liberales de acá estupendos cargos. No tiene la primera contestación, o al menos a mi no me ocurre, lo cual es lo mismo, puesto que he de ser yo quien la ha de dar. Tiénela si la segunda, y larga; tanto, que pudiera ocupar con ella más pliegos que ocupó la Memoria de Marina presentada en las Cortes, más tiempo que dura una facción y más terreno que el que reconoce cuando y como quiere Zumalacárregui, sin darte por eso más fruto ni más substancia que el que pueden dar de si todas esas cosas juntas.

¿Me preguntas si es Gobierno representativo lo que tenemos? No entiendo yo

muchas veces tus preguntas. Todo es aquí representativo. Cada liberal es una pura y viva representación de los trabajos y pasión de Cristo, porque el que no anda azotado, anda crucificado. Luego, no hay oficina en que no se encuentren representaciones de algún quejoso. Hay, por otra parte, muchos que están representando a cada paso sobre lo mucho que no se hace y lo poco que se deshace; verdad es que no se cuida más de estas representaciones que de las teatrales; pero, ¿son o no son representaciones? Cada español, por otra parte, representa un triste papel en el drama general, y toda nuestra patria misma está a dos dedos de representar el cuadro del hambre... Todo es, pues, pura representación; veniros, pues, con la pregunta truhanesca de si estamos o no en un sistema representativo, es burlarse de uno en sus barbas y preguntarle a un borracho si bebe vino. Desengáñate de una vez, y acaba de creer a pies juntillas, no sólo que vivimos bajo un régimen representativo aunque te engañen las apariencias, sino que todo esto no es más que una pura representación, a la cual, para ser de todo punto igual a una del teatro, no le faltan más que los silbidos, los cuales, si se ha de creer en corazonadas y en síntomas y señales exteriores, no deben andar muy le-



jos ni de hacerse esperar mucho, según la marea sorda que se empieza ya a sentir.

Añades que no somos libres. Menos entiendo yo esto que lo otro. Gozamos de la más amplia libertad posible, y en esto te juro que hemos llegado a tal altura de tolerancia y despreocupación, que ninguna nación culta ni inculta rayó jamás tan alto. Y voy a darte la prueba. Suponte por un momento, aunque te pese hasta el figurártelo, que eres español. No te aflijas, que esto no es más que una suposición. Que eres español y que dices para tu capote, por ejemplo: «Yo quiero ser carlista.» Enhorabuena: coges tu fusil y tu canana, y ancha Castilla; nadie te lo estorba. Que te cansas de la facción y que te vas a tu casa; nadie te dice una palabra, con tal que tantas cuantas veces lo hagas uses de la fórmula de decir que te acoges a algún indulto de los últimos que hayan salido, o de los primeros que vayan a salir. Ya ves tú que esto no cuesta trabajo. Que te levantas un día de mal humor y que conspiras como carlista, o que te defiendes en tu cuartel a balazos, o con cualquiera otro medio inocente: vas a Filipinas y ves tierras, y siempre aprendes Geografía.

Verdad es que si como te había de dar por conspirar en favor de los diez años te da por conspirar en favor de los tres, hay

una diferencia, y es que entonces no necesitas salir al campo ni tirar un tiro para que te prendan, sino que te vienen a prender a tu misma casa, que es gran comodidad; pero, amigo, no se cogen truchas a bragas enjutas, y algo le ha de costar a uno ser liberal. Y luego que eso te sucederá si eres tonto, porque nadie te manda ser liberal; tú puedes ser lo que te dé la gana. Añade a eso que libertad completa no la hay en el mundo, que eso es un disparate. Así es que cuando yo digo que somos libres, no quiero yo decir por eso que podemos ser liberales a banderas desplegadas y salir diciendo por las calles «¡Viva la libertad!» u otros despropósitos de esta especie; ni que podemos dar en tierra con los empleados de Calomarde que quedan en su destino, lo cual tampoco sería justo, porque yo no creo que porque los haya empleado éste o aquél dejen por eso de necesitar un sueldo. ¡Pobrecillos! Nada de eso; quiero decir que podemos gritar en días solemnes «¡Viva el Estatuto!», y podemos estarnos cada uno en su casa, y callar a todo siempre y cuando nos dé la gana. Si esto no es libertad, venga Dios y véalo. Lo mismo es esto que lo que acerca de la libertad de imprenta me añades. ¿Y quién duda que tenemos libertad de imprenta? Que quieres imprimir una esquila de con-

vite; más, una esquila de muerte; más todavía, una tarjeta con todo tu nombre y tu apellido bien especificado: nadie te lo estorba. Ahí verás cuán equivocados vivis, y cuán peligroso es creerse de los informes que da cualquiera. Que eres poeta, y que llega un día de S. M. y haces una oda; allí puedes alabar todo lo que pasa, y puedes decir que todo va bien en buenos o malos versos, que toda esa libertad te dejan. Y también puedes decirlo en prosa, y puedes no decirlo de ninguna manera, si eres hombre de sentido común, y nadie se mete contigo. Que quieres publicar un periódico, nada más fácil. Vas, y ¿qué haces? Lo primero reunes seis mil reales de renta, que esto en España todos nacen con ellos, y si no, los encuentras a la vuelta de una esquina. Lo segundo, entregas veinte mil reales en depósito; que no los tienes: también los encuentras al momento. Aquí todo el mundo te convida con una talega a primera vista. Y estos veinte mil reales son sagrados, como todos los depósitos, como los de Gremios, etc., etc. El día de mañana o al otro, por ejemplo, te los vuelven. Pides luego tu licencia; que te la niegan, o que no tienes las cualidades necesarias: no publicas tu periódico. Y está muy bien, porque si no eres empleado de nombramiento real, o no eres mayorazgo de seis

mil reales de renta, o no eres abogado del Colegio, que es lo que hay que ser en España, ¿qué has de publicar en tu periódico sino tonterías y obscurantismo? Pero que eres apto, no por tus luces o tu patriotismo, sino por tus reales o tus pedimentos del Colegio (de otra parte no), y que te dan tu licencia; te ponen tu censor correspondiente, que te deja decir todo, por supuesto, y lluévete suscripción encima, porque eso sí, el país es amigo de leer, y es una viña para especulaciones, sobre todo literarias.

Rectifica, pues, amigo Silva, tus ideas con respecto a España, y cree no sólo que vivimos bajo un régimen representativo, sino que somos libres más que ninguna nación del mundo, y que tenemos amplia libertad de imprenta.

Una vez convencido de estas tres bases fundamentales, tratará de convencerte de esas otras menudísimas dudas que abrigas acerca de la prosperidad de la España, que no le va en zaga en nada a Portugal,—*El liberal de acá*.

P. D. La cuádruple alianza sigue produciendo saludables efectos.

FÍGARO DE VUELTA

CARTAS A UN SU AMIGO RESIDENTE EN PARÍS

PRIMERA

Se vuelve a España desde París, querido amigo: es cosa probada, y, lo que es más, es cosa buena. Ni soy yo solo quien ha llevado a cabo tan ardua empresa. Loco estoy del gozo y del contento. Digan lo que quieran acerca de la superioridad de esos países, la patria es para un español más necesaria que una iglesia; ya sabes que a la vuelta de cada esquina se encuentran todavía una o dos en nuestro país; pues se tropiezan por las calles aún más gentes que han vuelto de París. Por lo que hace a mí, no me queda la menor duda de que estoy de vuelta. Después de darme por ello el parabién, es mi primer cuidado el escribirte.

¿No lo podías creer, eh?, ¿a qué has de

volver, decías?, ¿por qué?, ¿para qué?, ¿cómo?, ¿por dónde?, ¿en qué? Despacio con tantas preguntas.

¿A qué he de volver? A mis antiguas mañas, amigo mío. Te confieso que no lo puedo remediar. ¡Diez meses sin murmurar! ¿Figaro diez meses sin curiosear los enredos de su barrio, sin hacer la oposición a nadie, sin criticar a cómico viviente, sin probar un buen garbanzo, sin tomar una mediana jícara de legitimo chocolate, ni ver el sol de Castilla? ¿Figaro diez meses sin divisar una mantilla madrileña, ni una palidez valenciana, ni un solo pie andaluz? ¿Un año casi sin pararse en la Puerta del Sol, ni en otra puerta alguna, embozado en la *nube* (1), sin ir al café del Príncipe, sin asistir a una sesión del Estamento? ¿Diez meses, en fin, sin ver una real orden ni columbrar un prócer? Eso es morir, amigo, la vida que ustedes hacen. ¿Qué a mi tanta ciencia y tanta industria, tanto progreso, tanto teatro y tanto camino de hierro? Hombres hay aquí que tienen ciencia, y la mayor por cierto, la ciencia del vivir, y la de hablar después de vivir; hombres que no pudieron llegar a saber en todo un París ganar un real, y

(1) En gitano, la capa.

que han hallado en Madrid a un dos por tres con que pasar una real vida. Y no te figures, no, sirviendo y adulando a los demás, sino mandándolos y haciéndose de ellos adular y servir. ¿Qué más ciencia, ni qué más industria? Si es por progreso, amigo, esto va que vuela. Si por teatro, ¿dónde más cosas que parezcan lo que realmente no son? ¿Dónde hay nada más parecido a un Gobierno representativo que el que rige felizmente a España en nuestros días? ¿Dónde hay telón que se parezca a un árbol, ni cómico que más se asemeje a un príncipe, más que lo que se parece un Estatuto a una Constitución? Pues, Dios mediante, han de parecerse aún más. En punto a caminos de hierro, ¿de qué otra materia parece hecho el durísimo por donde, a más no poder, venimos caminando desde que salimos ha dos años de la Granja, que todo ese tiempo hemos necesitado para volver otra vez a D.^a María de Aragón? (1).

¿Por qué me había de volver? Por la misma razón, amigo mío, que de aquí me fui, y por la misma idéntica que me forzó toda mi vida a mudar de continuo casa y

(1) Hoy local del Estamento de Próceres: en tiempo de la Constitución de las Cortes.

domicilio, por la misma que me vió pasar en otros tiempos del *Hablador* a la *Revista*, de la *Revista* al *Observador*, de los periódicos a la escena, de las comedias a las novelas; por esta venturosa organización que para variar me dió naturaleza, y que en el número 94 de la *Revista* me hacía escribir:

«La necesidad de viajar y de variar de objetos... logró hacer de mí el ser más veleidoso que ha nacido... Esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque sólo se puede soportar a las gentes los quince primeros días que se las conoce... Si alguna cosa hay que no me canse es el vivir, y si he de decir la verdad, consiste esto en que, a fuerza de meditar, he venido a conocer que sólo viviendo podré seguir variando... Nadie, pues, más feliz que yo; porque en cuanto a las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir a la Meca.»

¿Para qué? Para escribir, ahora que la libertad de imprenta anda ya en España en proyecto. ¡Y qué proyecto! Tal y tan bueno, que acerca de él solo he de escribirte una gran carta, por no caber en ésta los muchos y francos encomios con que le pienso glosar y comentar. ¡Yo, que de Calomarde acá rabio por escribir con libertad, no había de haber vuelto aunque no

hubiera sido sino para echar del cuerpo lo mucho que en estos años se me quedó en él, sin contar con lo mucho con que se quedaron los censores, que rejalgar se les vuelva! Viniera yo cien veces, aunque no fuera sino para hablar, y volverme.

¿Cómo, me decias, *por dónde, en qué?* A tales preguntas contestara sobradamente la relación de mi viaje, si estuviera más despacio. No niego que el *por dónde* me apuraba. El camino de Vizcaya no está para todo el mundo, sobre todo desde que anda por él *un faccioso más*; que aunque no es más que uno, como ha dicho muy bien alguien, debe de ser sin duda tan grande que lo ocupa todo. Bueno era no hace mucho, en defecto de ése, el de Cataluña: pero de poco tiempo a esta parte hay también en él algunos facciosos más y algunas diligencias menos. Bien me decían que el de Oleron era incómodo; pero, ¿qué remedio? Volver por Portugal, como había ido, ni era lo más derecho, ni menos para mi carácter versátil; además de que hay países que no son para vistos dos veces; y aunque alguien me incitaba a tomar con el vapor del Mediterráneo la vía de Marsella, Argel, Cádiz y Sevilla, eso de volver a España por Argel, más lo tuve yo por pulla, y atrevida, que por consejo razonable.

Vineme, pues, por Oleron, adonde no creí llegar por entre tantos gendarmes como andan por la frontera defendiendo el paso a los carlistas para la facción. Como yo no tengo traza de príncipe, ni me pareceo a D. Carlos, ni a D. Sebastián; como no traía conmigo ni armamento, ni municiones, ni caballos, me costó mucho trabajo introducirme en España.

Los Pirineos, esos montes que no existen desde la cuádruple alianza, esas barreras que allanó para siempre entre Francia y España nuestro Ministerio del justo-medio, se pasan, sin embargo, a caballo en un mulo, o por mejor decir, en compañía de un mulo, a lo que llaman *diligencia de Zaragoza a Oleron*, sin que yo haya podido dar con la verdadera causa de esta denominación en dos largos días que con dicho mulo viví, solo con él en aquellos vericuetos, considerándole yo a él, y considerándome él a mí. Era tanto el hielo y tan malo el paso, que no sé decirte quién llevaba a quién.

Posteriormente he oído hablar mucho en el Estamento, y aun por todo Madrid, de aduanas. Hombres eminentes hay que aseguran ser las tales un gran recurso para el Estado, y todos por aquí están creídos, hasta el Gobierno, de que tenemos una en la frontera: se dice que está en Canfranc.



Así debe de ser. Lo cierto es que cuando yo pasé, la tal aduana habría salido a dar una vuelta con el cura y el cirujano del pueblo, porque nunca la vi, ni ella vió jamás mis baúles. Lo que si vi fué varios carabineros, con quienes contraje relaciones de dinero; pero de peseta en peseta me vi a lo mejor en Madrid, en donde ya no sirve para no ser registrado dar una peseta, sino que es preciso dar dos por ser la capital, y a casa luego con el contrabando. Yo no lo traía casualmente, que lo senti; pero te juro que el ramo está perfectamente organizado para el que lo quiera traer. Esto te lo digo por si te vienes. Tráete medio París en la maleta, y no vayas a creer al pie de la letra, como yo, que todo está reformado, y que andan todos derechos, aunque lo veas impreso, porque oficio es nuestro imprimir, y no ignoras que los periodistas el día que no imprimimos no comemos. De todos modos, hagas uso o no del aviso, bueno es que esto quede entre los dos.

Te acordarás que en principios de agosto remiti a la *Revista* un artículo en que, presumiendo a fuer de Figaro lo que iba a suceder, encomendaba a nuestro buen Gobierno de entonces que se recogiesen con tiempo las riquezas artísticas encerradas en los conventos: imprimióse, en efecto,

aunque mal parado por algún benigno censor. No habrás olvidado que a pocos días, por una rara coincidencia sin duda, apareció una real orden en la *Gaceta* dando providencias en el particular. Parece que se nombraron, efectivamente, comisionados por aquí y por allí, con sus dietas correspondientes, para la colección y resguardo de aquellos objetos. La cosa se ha llevado tan a punta de lanza, y con tal celo, que yo mismo vi y toqué no muy lejos de Madrid objetos de éstos, que paran en casa de quien los ha querido tomar. Códices viejos, por ejemplo; manuscritos, ediciones raras de obras antiguas y otras bagatelas. ¿Para qué quiere el Gobierno esas tonterías?, ¡librotes de los frailes!, ¡*chuchertas de las madres!*

La quinta se ha realizado con entusiasmo indecible; y pues viene a cuento, te he de contar otra cosa que debe influir mucho en el buen espíritu de los pueblos, y en especial de la tropa. En cierto pueblo, no lejos de esta corte, me hallaba yo casualmente no ha muchos días cuando acertaron a pasar los quintos que venían de Extremadura. ¡Qué bien se trata a la tropa! ¡Qué bien a esos dignos labradores que dejan su arado para defender nuestros empleos con su sangre! ¡A no estar ya en una época en que se reconoce la dignidad del

hombre! ¡Yo mismo vi a un oficial asentar su mano fuertemente sobre la mejilla de un quinto, y yo vi a un cabo medir a otro con su vara, insignia, por cierto, militar! Y esto a la faz del pueblo, y en medio de la plaza pública, y en día de sol claro. Con todo, si ese hombre se insolenta, irá al cepo; si deserta, al palo, y si pasa a la facción, le llamaremos *caribe*. Ya ves que se van corrigiendo los abusos.

Hace pocos días que se concedió el título de ilustrísimos señores a no sé qué individuos de no sé qué corporación, consejo o tribunal: esto es indiferente; lo que importa es el dictadillo. Estas distinciones hacen gran falta en España; señorías, excelencias, etc., etc.; esto siempre es bueno, porque establece diferencias entre los hombres, que es a lo que vamos. Bien se te alcanza que difícilmente puede tener mérito un hombre, mientras todo advenedizo le puede llamar de *usted*. Esto está en el espíritu de la regeneración que estamos llevando a cabo.

Todavía hay Estamento de Próceres, y tienen sus sesiones corrientes; te lo digo porque me acuerdo de que cuando yo estaba en París había llegado a olvidarlo.

En el de Procuradores ya se ha contestado al discurso de la corona; se asegura que para dentro de un par de meses ya

podrán reunirse las otras Cortes, quién dice *revisoras*, quién *constituyentes*. Lo primero es lo más general, lo segundo es lo más cierto; pero si en mes y medio sólo se ha votado uno de los proyectos, ¿cuántos más se habrán votado en marzo? Es verdad que se habla mucho. Ya tiene el Gobierno ganado el voto de confianza por unanimidad, como quien dice, porque sólo el Sr. Pardiñas votó en contra. Por fin habló el Sr. Conde de Toreno por primera vez después de su advenimiento a la oposición: habló como si no hubiera sido ministro. El Sr. Martínez de la Rosa dijo mil cosas sobre la alquimia y otras bagatelas. Este habló como si fuera ministro todavía. Y no te digo más porque no lo son ya ni uno ni otro.

Por lo que hace al Gobierno, te sabré decir que hasta ahora caminamos de milagro en milagro. En el Ministerio se cuentan tres personas distintas, pero que en realidad no componen más que un solo ministro verdadero; dicen sus enemigos que no le falta más que hablar; de todas suertes, no se le puede negar a este Ministerio que *promete*. ¡Así cumpla! Eso es lo que veremos. Tal cual ha empezado, confieso que si en mi organización cupiera ser alguna vez ministerial, se me había presentado una bonita ocasión; pero ya sabes que

nunca pretendí ni obtuve nada de Gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años. Todo lo más a que podía extenderse mi ministerialismo siempre que por alguna casualidad diéramos con un buen Ministerio, sería a alabar lo bueno que hiciera con la misma independencia con que siempre gusté de criticar lo malo.

A propósito, no quisiera que se me olvidase. ¿Querrás creer que a mi llegada a esta corte me encontré con personas que suponían que mi viaje había sido costeadado por el Gobierno? Todavía me estoy riendo de la idea. ¿Tú no lo sabías? Ni yo tampoco. Pero en este Madrid todo se sabe. Por otra parte, cuando uno va a París, es claro que no puede ser sino con algún empleo o con fondos de Gobierno. ¿Qué fondos particulares bastarían para llegar a París? Ni yo tengo cara tampoco de ir a París por mi gusto. Esto es claro como la luz del día. ¡Qué penetración! ¡Dios los bendiga!

Mas ya echo de ver que esto es un tanto largo para carta, y un si es no es corto para folleto. A no contarte cosas que parecieran mejor secretas, había de hacer de ello un artículo de periódico, porque es bueno que sepas que llevado de mi comezón de escribir y de mi versatilidad, no bien hube llegado a Madrid, cuando me

eché a buscar un papel público en donde fabricar mi nido para lo que falta de invierno. Queriale grande empero, y donde cupiese yo todo, que no cabia el año pasado en Madrid; largo, ancho, desahogado, como lo había imaginado mil veces para tanto como tengo aún que decir. Empezábame ya a desesperar, cuando he aquí que de pronto surge de la calle de las Rejas *El Español*, tamaño como por el adjunto verás. Yo, que a imitación del borracho del cuento, aguardaba que pasase mi casa para meterme en ella: «Éste es», exclamé en cuanto le vi

extenderse, crecer, tocar al cielo,

y metime de rondón en él, donde quedo, para servirte, imaginando a toda prisa artículos de teatros, literatura y costumbres, maligno un tanto y siempre independiente; mas sin nunca entrometerme en lo de vidas privadas, censurando las cosas, no a los hombres, procurando hermanar con mi poca o mucha hiel el respeto que en sociedad nos debemos los unos a los otros, amigo de mis amigos, y por demás agradecido al público que sufre mis habladurias. He aquí mi profesión de fe. — Tuyo siempre, *Figaro*.

P. D. A la salida del correo queda hablando en el Estamento de señores Procuradores desde ayer el Sr. Perpiñá; el correo siguiente te diré el fin de la sesión, si ha acabado.

SEGUNDA, TITULADA : «BUENAS NOCHES»

Con fecha del 3 te escribí mi primera carta, querido amigo, dándote aviso de mi llegada a esta Corte, y ando no poco inquieto con la suerte de la tal carta (a que no he recibido contestación), porque a la mañana siguiente del día en que te la escribí, y cuando yo presumía que podría estar ya por lo menos en Ariza, ¿dónde dirás que me la encontré?: la encontré ni más ni menos en *El Español*, mal que bien encajonada, entre las *sesiones* y los *cam-bios*, que entonces ambas cosas existían todavía; no había hecho más camino que de la calle del Caballero de Gracia a la de las Rejas. Como andan las cosas tan trocadas, imaginé, desde luego, que habría participado ya mi naturaleza de esa atmósfera que respiramos, y que habría enviado al *Español* mi carta en vez del primer artículo de teatros, que debía darle, y echado el original destinado a la imprenta.

ta, en el buzón del correo, en vez de nuestra correspondencia. Poníame sólo en confusión el haber notado que la carta impresa no era precisamente la misma que yo te habia escrito, pues que en ella faltaban varios párrafos. Esto me hizo sentir tanto más la equivocación, porque si no puede serme agradable que intercepten nuestra correspondencia, más duro ha de parecerme que la mutilen, dado que yo no escribo al censor, sino a ti. Soy, además, un tanto tímido, y escribiéndote en confianza, como te escribo, ni me cuido de pulir el estilo lo bastante, ni menos de paliar las verdades en un punto; digote, por tanto, cosas que es vergüenza, ¡por vida mía!, que anden impresas, y más vergüenza aún que sean ciertas.

Como quiera que sea, aprovecho para hacer llegar ésta a tus manos otro conducto, que me parece más seguro, si en la publicidad está la seguridad. Quiero más bien escribir una carta que un artículo, y he de dar las razones. Cuando escribes una carta a una persona determinada, puedés estar seguro de tener un lector: si es cierto lo que dicen los franceses, que en todas las cosas *c'est le premier pas qui coûte*; no es poca ventaja la de asegurarse de ese modo un principio de público, y como el que escribe la carta es dueño de

escribir a quien mejor le parece, goza de otra ventaja no menor, de escogerse el público a su gusto. Sácase de aquí la forzosa consecuencia de que cuando uno escribe una carta sabe con quién habla, y esto no es humo de pajas tampoco en estos tiempos que corren. Si reflexionas, en fin, que en el día cuantos artículos podemos hacer han de reducirse a *artículos de fe o de esperanza*, no extrañarás que me decida por las cartas. Aquí, para entre los dos, quiero que me llamen partidario del Estatuto que nos rige, si sé hacer artículos de fe; porque aunque siempre se ha dicho que vivimos en país de ciegos (gran circunstancia para todo lo que es fe), digote, francamente, que yo no veo el tuerto que ha de ser rey. «Hazlos — pues — me dirás, de esperanza, que de eso los hacen los demás.» Y yo también los haría, amigo mio. ¡Así la tuviera!

Agrega a las razones dadas en favor de las cartas, que es ramo también arreglado, que te da ganas de ponerte a escribir las sólo porque te las lleven a cualquier parte, y, sobre todo, desde la real orden de 8 de enero, la cual está tan clara, que no parece sino que la han discutido en Cortes, y dice así, por ver si tú lo entiendes:

»MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN DEL REINO

»*Real orden.*

»Excmo. Sr.: Enterada S. M. la Reina Gobernadora del oficio de V. E. de 29 de diciembre último, ha tenido a bien resolver que mediante haber cesado el riesgo que ofrecía en la carretera de Aragón a Barcelona, y no ser tampoco grande el que presenta la que va desde aquella ciudad a Valencia, se despache la correspondencia pública de Barcelona por ambas carreras, hasta que libre de todo peligro el camino de Aragón, sea éste el solo conducto de comunicación entre Madrid y Barcelona; siendo la voluntad de S. M. cuide V. E. de que se anuncie esta disposición temporal en la *Gaceta*. Dios, etc. Madrid, 8 de enero de 1836. — Heros. — Excmo. Sr. Director general de Correos.»

Es decir, que mediante a que ya no hay riesgo de Aragón a Barcelona, se despache por ahí la correspondencia, hasta que no haya peligro. Más claro, señor, que ya no hay riesgo; ya no hay más que peligro. Luego llama *temporal* a esta disposición, y efectivamente, no es mal chubasco; más que real orden parece granizada de palabras, a no ser que la llame así por no lla-



marla espiritual, y por responder más bien al cuerpo que al alma los asuntos de esta carretera. Concluye la real orden con un *Dios, etc.*, que no he podido dar en lo que significa, aunque presumo que el que la puso acabó diciendo: «Dios me asista», o «Dios me entiende», o «Dios sobre todo»; pues que sólo su Divina Majestad es capaz de dar cumplimiento a tan extraordinaria resolución. Por donde se ve que es más digno de lástima de lo que parece el señor director de Correos, pues no sólo ha de dirigir sus cartas a cada uno, sino que ha de entender al Ministerio, a no ser que sus Excelencias se entiendan por bajo de cuerda de otra manera más explícita, y guarde sólo para el público ese lenguaje anfibo-lógico.

Es lo peor, que en 16 de enero, ocho días después, no estábamos más adelantados en punto a estilo de reales órdenes, porque S. M., por real decreto de dicho día, promueve a D. Francisco Javier Uriarte y Borja a la dignidad de capitán general de la Armada, *sin aumento alguno de goce, a que renuncia generosamente Uriarte, en atención a las presentes circunstancias.* Convengo en que las presentes circunstancias no son para muchos goces; pero también es gran lástima que desde el 16 de enero no pueda gozar el señor de Uriarte

sino precisamente lo mismo que gozara hasta aquel día, y que haya de tener tan en el fiel la balanza de sus penas y placeres. Es decir, que si al día siguiente del real decreto le hubieran dado al señor Uriarte una buena noticia, como por ejemplo, la disolución del Estamento, debería haberse mirado mucho en gozar de aquella satisfacción que debería, naturalmente, caberle, porque ese sería aumento de goce, supuesto que en su vida habrá tenido otro igual antes del 16 de enero.

¿No sería bueno que para mejorar la suerte del señor Uriarte, y aun la del director de Correos, se comenzasen a emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo menos y escribir?

Pero estarás impaciente por saber el objeto de esta segunda carta; te habrá chocado el rótulo que en cabeza le he puesto. «*Buenas noches!* — dirás — cuando estoy yo esperando un nuevo día y el progreso y difusión de las luces en cada noticia que de la patria recibo.» Quiérote sacar de confusiones. Las *buenas noches* que te doy no son para ti; no es ahí, sino aquí, donde nos hemos quedado a oscuras. ¿Ves ahora claras las *buenas noches*? ¿Tampoco? Manos, pues, a la obra, y escucha, que hay que tomarlo de más arriba.

Hay entre nosotros unos pocos hombres

que andan jugando a la gallina ciega con nuestra felicidad, y que tienen el raro tino de hacer siempre las cosas al revés. Estos tales habian leído ya el año 12 los escritos del siglo pasado, y se habian hecho ellos solos liberales, que no habia más que pedir. Oyeron el grito de independendia nacional y dijeron para su sayo: «¡Oiga!, la España se ha ilustrado»; con lo cual no tuvieron duda en que se podía dar una Constitución, y diéronse una especie de código, sagrado, respetable siempre como paladión que fué de nuestra independendia y cuna de nuestra libertad, pero cuya bondad no hubo de ser muy comprendida por los pueblos todos, realmente atrasados para tanta mejora, pues que en cuanto se presentó el amo de casa hubo día de sábado, y quedó el suelo limpio de innovaciones. Los hombres de que te voy hablando dijeron: «Esto ha sido una traición, y otra vez sucederá mejor.» Esperaron, y el año 20, helos aquí que tornan a poner la mesa, y los mismos manjares sobre ella, porque el apetito, decian, era el mismo. Pero van y vienen días, van y vienen franceses, viene y se va la Constitución, y vienen y se van nuestros hombres otra vez. Ya en medio de los tres años entró en reflexión alguno de ellos, y dijo para si empezando a escarmentar: «Acaso no está la

España bastante ilustrada y no tiene su estómago tanto apetito como yo le había supuesto; no será malo substituir las Cámaras a la Constitución.» Pero el tercero en discordia decidió la cuestión, y mientras que aquéllas y éstas se andaban representando la comedia de *¿Quién ha de mandar en casa?*, se adjudicó él a si mismo la parte del león de la fábula. Nuestros hombres pasaron diez años en el extranjero, y aquellos de quienes te voy hablando, en lugar de decir esta vez como dijeron la primera: «Esto ha sido una traición», que entonces hubieran acertado, dijeron: «Está visto, la España no está ilustrada.» La cosa es clara; malograda la intentona dos veces, era preciso inferir una de dos cosas: *O los gobernantes o los gobernados no sirven para el caso.* Alguien que hubiera sido modesto hubiera dicho: «¿Si seremos unos torpes?» Pero nuestros hombres dijeron: «Ellos son unos sandios.» Y pusieron de nuevo la mesa. «Pero esta vez —añadieron— no os hemos de ahitar, porque si el año 12 no teniais apetito, si el año 23 dejasteis hundirse el banquete, ¿cómo podréis digerirle el 34?» Rara consecuencia: yo hubiera sacado precisamente la contraria; porque algo habíamos de haber adelantado del año 12 al 20, y del 23 al 34. De suerte que ellos, que habian andado demasiado cuan-

do los demás estaban parados, comenzaron a pararse cuando los demás empezamos a andar.

Figúrate, amigo mío, que eres sastre, y que le haces a un niño de siete años un uniforme de consejero: ¡claro está que ha de venirle ancho! Tú, sastre entonces, dices: «Vea usted, ¡qué niño tan torpe!; le hago un uniforme de consejero, tan hermoso y tan bordado, y al muy necio no le viene.»

Coges el uniforme, desprecias al niño y te vas. A los siete u ocho años vuelves con el mismo uniforme, y el niño tiene quince. «¿Ancho todavía? — exclamas —; esto no se puede aguantar, y si el uniforme está lo mismo, ¿cómo no le viene? Está visto que este muchacho no sirve para consejero, es un sandio.» Vuélvete a tu taller, y escarmentado de las pasadas experiencias, hácesle una bonita envoltura, y vuelves con tu lío debajo del brazo a los diez años, y entonces el muchacho tiene ya veinticinco. «¡Qué diantres — gritas asombrado —; este muchacho es el diablo, tampoco le viene la envoltura! ¡Ay, ay, ay!; pues, señor, es investible», y coges y le dejas en cueros.

¡Vive Dios, señor sastre; qué consecuencia y qué tijera!

He aquí, amigo mío, la historia de España desde el año 12 hasta el 34, más clara

que la del P. Duchesne, traducida por el P. Isla. Me parece que habrás entendido cuál es la envoltura, y excuso decirte quién es el sastre. Ahora que nos podíamos empezar a vestir, nos viene con la envoltura, y porque no nos asienta, dice que somos unos brutos.

Mal acomodada, en fin, esta vestimenta, que nos lia de pies y manos, y sin siquiera andadores, reúnen los Estamentos del siglo XV, arreglados a las necesidades del siglo XIX, esto es, la envoltura con faldones y corbata; y pasamos largos meses haciendo una comedia de capa y espada, que no ha sido otra cosa todo el año 35, según lo mezclado de la intriga, lo enredado del embrollo, los velos que se han corrido y descorrido, las entradas y salidas, las mutaciones de escena, los encuentros por las calles, las tapadas que han implorado nuestro favor y lo exquisito de los conceptos, sin que puedan olvidarse las largas relaciones de dama y galán, que sólo para lucirse los actores se han estudiado y se han dicho.

Pero cansado el público de tan largos parlamentos, y de ver todavía tan obscuro el desenlace, ilumina una noche la Península con conventos; al resplandor de los sublimes flameros no ve cosa que le estorbe sino el Ministerio, y pide por junto su caída.

Un hombre nuevo es llamado a deshacer la facción y a rehacer la nación; se necesitan recursos por una parte, y el hombre nuevo encuentra recursos. Pero para rehacer la nación es preciso empezar por deshacer lo que encuentra mal hecho. ¡Triste suerte, que hayamos de pasar un año en deshacer el error de un día! Nueva Penélope, la España no hace sino tejer y destejer.

Júntanse en esto las Cortes. «¡Gracias a Dios—dirás—que tenemos quien ilustre la materia!» El Trono habla a las Cortes, y las Cortes contestan al discurso del Trono. Hasta aquí no hay cuestión de gabinete, es sólo cuestión de buena crianza. El uno dice: «Servidor de usted»; y el otro contesta: «Muy señor mío.» No es decir esto, sin embargo, que no haya transcurrido casi un mes en debatir y dilucidar si el uno podía decir a su riesgo y peligro el primer cumplimiento, y si podría el otro en consecuencia responder con el segundo. Pero al fin se convino, se decidió que no había peligro ni por una ni por otra parte en decirse los mencionados piropos.

En seguida el Ministerio abriga dudas acerca de si tiene o no tiene la confianza de la nación, que le acaba de confiar el Poder. Y va y lo pregunta al apoderado de la nación, cuyo apoderado conviene

consigo mismo en que no es tal apoderado, supuesto que la ley electoral, por la cual existe, es provisional y defectuosa, y no pudo dar resultado la expresión de la voluntad de la nación; lo cual es tan cierto, que esa misma representación nacional, que no es representación nacional, va a hacer ella, en virtud de sus poderes, que no son poderes, otra ley electoral que dé por resultado la expresión nacional. Pero has de saber que en estos Gobiernos representativos queda destruido el antiguo refrán que dice: *Que nadie da lo que no tiene*; más claro, con un ejemplo: en ellos una vela apagada puede encender otra vela. ¿Lo ves claro ahora? Pues, sin embargo, el Ministro puesto por la nación le pregunta al tal apoderado de la nación si la nación tiene confianza en él. Es decir, que yo mayordomo tuyo y puesto por ti, le pregunto a tu ayuda de cámara si me da licencia de que te siga sirviendo de mayordomo. Ya ves que el paso es natural. ¡Ventajas inmensas todas de haber hecho las cosas a medias, cuando hubo coyuntura de hacerlas por entero! ¡Suerte precisa de un pueblo que se empeña en que le den lo que no se da, lo que sólo se toma! Porque el que da no puede menos de ser legal, y la legalidad repugna toda innovación.

Felizmente, como le habia de haber da-

do al apoderado por decir que no, dióle por decir que sí, y tuvimos *voto de confianza*.

Dióse de paso otro empujón a la cosa pública, y púsose por fin el nombre de *Guardia Nacional* a lo que el año pasado no se podía llamar así, sino con manifiesto peligro. Ya te he lo dicho, *tejer y destejer*. En unos cuantos meses no hemos hecho sino destruir nombres nuevos para llegar a los viejos: destejer; de *Fomento* a *Interior*, de *Interior* a *Gobernación*, de *Subdelegado* a *Gobernador civil*—ya llegaremos a *Jefes políticos*—, de *Estamentos* a *Cortes revisoras*, y ya llegaremos a *constituyentes* y a *constitucionales*. En unos cuantos meses han perdido las palabras *Guardia Nacional* todo el veneno que tenían; puestas en prensa, como han estado, lo han escurrido. Semejante en eso al vino, que nuevo hace daño, y embotellado y guardado se vuelve mejor. Por el contrario, las palabras *Milicia Urbana* perdieron su fuerza y se malearon, semejantes también al vino, que, expuesto al aire libre, se agria y se desvirtúa.

Después de haber conseguido desandar ese trozo de camino, vamos a la ley Electoral; que ya no sé con qué comparártela, porque, sea dicho con respeto, no sé a qué se parece. En primer lugar, el Ministro,

picado sin duda de la generosidad del Estamento que le acababa de conceder su voto de confianza, no quiere ser menos, y le da el suyo al Estamento con tres proyectos adjuntos, el suyo, el de la mayoría y el de la minoría de la Comisión, diciendo que no es cuestión de gabinete, y que adoptará lo que el Estamento decida. Confianza por confianza. Se adopta la totalidad. ¡Gran victoria, parecida a otra moderna que no quiero nombrar, y que también se volvió toda principio: «¿Qué importa?», dice la oposición. En los artículos te aguardo. En el todo están de acuerdo; en lo que no están de acuerdo es en las partes que componen ese todo; pero por lo demás, ¡qué bobería! El encabezamiento, la fecha, el oficio de remisión, todo está bien. Es decir: *Yo te regalo una capa hecha, sólo que no quiero que gastes de ella ni el paño, ni los embozos, ni el cuello, ni las hechuras.* Ahora, abrigate tú como puedas, que al fin yo te regalo la capa.

Contarte, querido amigo, los pasos de la discusión es obra superior a mis fuerzas, y decirte en quién estuvo la culpa y nombrarte al que, por falta de práctica parlamentaria, dejó que su enemigo se adelantase a tomar la mejor posición, es superior a mi voluntad; por tanto te aconsejo que eches mano de las sesiones de Cortes, y te



las leas dé cabo a rabo, y si llegas a entender claro en el asunto, te aconsejo también que te des la enhorabuena, y te tengas en lo sucesivo por hombre de talento.

¿Quieres que te diga lo que yo he sacado en limpio, por ende verás que soy un pobre hombre? Ya yo me lo presumía; pero nunca creí quedarme a obscuras con tantas luminarias, porque decía yo para mí: para que se entienda una cosa habrá de bastar, o que el que trata de averiguar no sea lerdo, o que el que la explica sea muy avisado. Nada de eso, y juzga si el pobre Figaro es lerdo, cuando no ha sacado en limpio sino:

Que la elección directa es la más liberal; que el Ministerio es liberal, y quería lo mismo que quisiese el Estamento, siempre que lo que quisiese el Estamento fuese lo mismo que él quería. Que ha habido una Comisión y dos proyectos en ella, y que el ministro quería lo mismo que la Comisión, que quería dos cosas distintas y que el Estamento no quería ni al ministro ni a la Comisión. Que la oposición en el Estamento era de hombres retrógrados que abogaban por el progreso, y que querían la elección directa como la más liberal, ellos que eran los menos liberales; que el ministro, que hacia de Ministerio, y la Comisión, que hacia de las suyas, eran hom-

bres progresivos que abogaban por el retroceso, y que querian la elección indirecta como la menos liberal, ellos que eran los más liberales; que los más liberales querian que se efectuase la elección por provincias, y los menos liberales por partidos; que hay cincuenta y tantas provincias y doscientos y tantos partidos en España; que las provincias son más liberales, a pesar de que los más liberales son los partidos, etc., etc.; y he entendido, en fin, que ni los he entendido, ni se entienden, ni ya nunca nos entenderemos.

¿Me has entendido, Andrés? Bueno. Pues ahora sabrás que de resultas amaneció un día y se votó todo eso; abstuviéronse diez señores de votar, lo cual hace tal vez el elogio de su conciencia; sin duda no estaban todavía más ilustrados que yo, y se perdió la votación, todo por cinco votos, que han venido a ser las cinco llagas, Andrés mío, de este pobre cuerpo crucificado; viniendo a ser también, por lo tanto, en sus partes cuestión de gabinete, la que en su todo no era sino cuestión de escalera abajo.

Con esto, amigo, y para que nos entenderáramos, se tomó la determinación de hacer callar al Estamento, que si no estaría hablando todavía, quedándonos todos el 27 de enero a obscuras de Estamento, y

de Cortes, y de ley Electoral, con la rara circunstancia de que la nación estaba deseando que la disolvieran, y el pueblo es el primero que ha dado la enhorabuena al Gobierno por haberla enviado a pasear. Y sin embargo, ha hecho bien y ha tenido razón. ¡Ahí verás tú lo que son anomalías!

En efecto; el Trono, usando de su prerrogativa, dijo a cada cual en lengua castellana lo que mi tocayo dice en cierta parte : *Buona sera, D. Basilio, presto andate a riposar*; y ya a la hora ésta deben de ir por esos caminos los señores procuradores a poner en claro para sus comitentes la ley Electoral, que así acertarán los unos a entenderla como los otros a explicarla.

Pero al día siguiente, querido amigo, y cuando creímos los amigos del Ministerio que iba a dar un *golpe de estado*, substituyendo a la ley provisional, arreglada al Estatuto, otra ley provisional en la cual podía decir *ni quito ni pongo rey, pues no es aquélla fundamental, y tan ministro soy yo como el padre mismo del Estatuto*, nos encontramos con una *Gaceta* extraordinaria, que dice que se reunirán nuevas Cortes el 22 de marzo, mas no *revisoras* ni *constituyentes*, sino sólo para hacer dos meses después lo que éstas debían haber hecho dos meses antes. A ver si lo entiendes : el ministro dijo, al llegar al artículo

que levantó la polvareda : «No me le toquéis porque de no ser la elección por provincias, habré de tardar dos meses más, y entonces no puedo cumplir mi promesa, porque estoy de prisa.» Respondieron las Cortes : «Abajo el artículo.» Parece natural creer que el ministro va a echar por el atajo y decir : «No me ahorréis los dos meses; pues en atención a la urgencia, yo me los ahorro»; no, señor, sino que dice : «Me embarzáis dos meses y os disuelvo para que dentro de esos dos meses veamos si otras Cortes mejores me los ayudan a saltar.» En ese caso, pues, ¿para qué disolverlas? Aguantar los dos meses, pues que por todos lados se presentan, y así no serán más que dos; porque si las otras Cortes vienen diciendo erre que erre, entonces serán cuatro en vez de dos.

De suerte que yo por el pronto sólo veo clara una cosa; y es que para el 22 de marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Cortes, uno de cuyos Estamentos será elegido por los electores que elijan los Ayuntamientos y mayores contribuyentes; que sus individuos deberán tener 12.000 reales de renta, treinta años, y haber nacido o estar arraigados en la provincia, según el Estatuto. Que estas tales Cortes oirán otro discurso de la Corona, y volverán a contestarle; que se volverá a poner sobre

la mesa la ley Electoral, en atención a que es preciso hacer una nueva, pues que la actual, por la cual van a ser elegidos esos mismos que harán la otra, no vale nada. Que para entonces es probable que empecemos a entendernos, porque es de suponer que Tarragona, Granada y Asturias no han de reelegir exactamente a todos sus poderhabientes; que se discutirá luego el proyecto de libertad de imprenta, el de responsabilidad ministerial, *y demás objetos importantes que el bien público reclame*; que para entonces, seguramente, no tendremos facción, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, o no tendremos Ministerio, porque estará caído si no la cumple; que en eso se pasará la primavera y el verano; que para el otoño se pondrá en vigor la nueva ley Electoral; y que mucho antes del día del juicio veremos las Cortes *revisoras*, que engendrarán las *constituyentes*, y que...; y en fin, que se acabará el mundo, algún día, si hemos de creer las sagradas escrituras, las cuales añaden hablando de eso, que nuestro Señor Jesucristo vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos; de los muertos no digo nada, pero ¡vive Dios que si yo fuera quien hubiese de juzgar, ya los vivos estarían juzgados!

Y he aquí, amigo mío (en tanto que des-

cubrimos el del Ministerio), descubierta el secreto de la oposición, y explicada un tanto la anomalía de cómo querían los menos liberales el método más liberal, a saber, porque era el más largo, sin contar con el rodeo que nos hacen dar sus señorías, que por mucho tiempo reposen, ya que tan completa y oportunamente les damos todos las *buenas noches*.

Concluiré diciéndote que, hasta la presente, estamos tan a buenas noches de ministros como de Estamentos (pues los señores próceres, sin comerlo ni beberlo, también han callado todos a un tiempo, que era como hablaban, sin que por eso dijese entonces más que ahora).

El de la Guerra está en su elemento; estos días se andaba buscando uno para Estado o para Hacienda, como quieras entenderlo, pero vaya usted a saber dónde estará metido. Con respecto al de Marina, ya oírías que se trataba de hacer ministro de Marina al señor de Galiano, a causa de que habla muy bien; pero como el ministro ha cortado la conversación, dudo mucho que insistan en eso; S. E. se quedaría hablando con las olas, y diciéndoles el *quos ego* de Virgilio, y por cierto que lo aprecio demasiado para desearle que le hagan ministro. De todas suertes, no debe de admirar en ese ramo la tardanza, por-

que así pueden andar buscando ministro para la Marina, como marina para el ministro. Hay quien añadia si el de la Gobernación ha de mudarse; pero te aseguro que lo tiemblo, porque si cada ministro ha de traer consigo, como ha sucedido hasta ahora, un hombre nuevo y un nuevo reglamento para ese dichoso ramo tan desgobernado, no ganaremos para memoria y para membretes impresos.

Sigilo y más sigilo, si he de seguirte escribiendo, no me suceda algún chasco; y en el interin que te vuelvo a escribir, que será pronto, recibe las *buenas noches* de tu amigo, — *Figaro*.

TERCERA, TITULADA: «DIOS NOS ASISTA»

Después de mi segunda carta, fecha de 30 de enero, esperé largo tiempo para escribirte, querido Andrés, que ocurriesen cosas dignas de contarse. Pensarás que han ocurrido, efectivamente: yo no sé si ha sucedido algo; paréceme que no. Pero si no ha sucedido, seguramente que va a suceder, y por si saliera falsa mi conjetura, no quiero fiar a la contingencia de los acontecimientos la continuación de nues-

tra correspondencia. Allá va otra carta a buena cuenta.

Como te referí, cerráronse los Estamentos y quedamos a buenas noches. La primera novedad que dió que hablar en aquellos días, fué que, según pareció después, le quedaba algo que decir al señor Perpiñá. ¿Y qué dirás que hizo?; va, coge, y cree que tenemos libertad de imprenta; el buen señor es por lo visto incapaz de pensar mal de nadie; y como de cierto tiempo a esta parte no ha habido ministro que no se haya proclamado abogado de la libertad de imprenta, aunque por el estilo del marido que delante de gentes animaba a su mujer a comer de los pichones, y en quedando solos le decía enseñándole un garrote: «¡Ay si los catas!», hubo de imaginar que entre nosotros pensar y decir era todo uno; más breve: creyó que para hablar le bastaba tener licencia de Dios, y que por tanto no necesitaba la del gobernador civil. Al revés me las calcé. Excusable es el señor ex procurador, porque hace tanto tiempo que nos están diciendo que somos libres, que a veces uno mismo se lo llega a creer. Echa mano de un folleto, desparra en él sus ideas como quien siembra, y tiéndese a esperar la cosecha. ¿Pero qué dirás que cogió? Él, nada. La autoridad fué la que cogió los folletos.

/ Eso sí, al día siguiente la autoridad nos probó en un artículo comunicado que los folletos se podían coger; ya lo sabíamos; y si no, se lo hubiéramos podido preguntar al autor. Seamos con todo imparciales. El Gobierno añadió que nosotros *no ignoramos que para publicar un papel, sea cual fuere su tamaño, se necesita licencia.*

¡Y cómo si lo sabemos! Pluguiera al cielo que nos fuese dado ignorarlo. Es como si te pusieras en camino y te asaltasen ladrones, y te quejases, y te respondiese el ladrón: «¿Pues no sabe que hay ladrones?», y repusieras tú: «¡Como no debiera haberlos!», y se tornase a replicar: «¡Pero como los hay!», que sería el cuento de nunca acabar y de tener razón el ladrón, es decir, el más fuerte.

Sólo en una cosa me divirtió el Gobierno: en decir que sentía como el que más que así sucediese; eso prueba que estaba de buen humor, señal de que la cosa iba bien. Es la del verdugo, que te pide perdón antes de ahorcarte; si fuese siquiera después, probara arrepentimiento. Yo le diría: ¿y quién le pone a V. S. un puñal al pecho para que sea verdugo, si el oficio no le agrada?

Lo peor del caso fué que el folleto no tenía más buena cosa que el ser corto; mas como tuvo los honores de la persecución,

vino a leerlo todo el mundo; perjuicio para el Gobierno, que lo había recogido; más perjuicio aún para el autor, que lo había escrito, y a quien la autoridad logró desacreditar, dando a su producción la mejor especie de publicidad; y mayor que para nadie, para el público, que tuvo que echarse a pechos en aquellos días en que no se hablaba de otra cosa.

Punto en el folleto que es cosa antigua. A pocos días ocurrió otra friolera, si en estos tiempos es lícito llamar friolera a la cantidad de dos mil reales. Giró el lance sobre la misma libertad de imprenta, sobre si un párrafo del *Español* tenía al pie un garabato, o si no lo tenía, sobre si se había invertido el orden, y si lo había leído el censor antes que el público, o el público antes que el censor. Pareció no haberlo leído en su vida el censor; se consultó el libro de los oráculos, por apodo reglamento; y éste respondió en términos bastante claros:

Y para casos tales
que pague el editor dos mil reales.

Figúrate qué golpe para el Gobierno, y más lloviendo sobre mojado. ¡Él que, como arriba dejamos dicho, siente tanto estas



cosas! Estos son golpes, amigo, que acaban con un Gobierno sensible; así es que yo lo veo y no lo veo.

A mí me da que hacer la libertad de imprenta; yo soy el único a quien da que hacer; pero, en fin, me da. Habla la Reina, y se hace lenguas de la libertad de imprenta; hablan los ministros, y para ellos no hay altar donde ponerla; hablan también (esto no es pulla) los próceres, y convienen en que es la base; abren la boca los procuradores, y procuran por ella como por las niñas de sus ojos; hablan los periódicos, y hártanla de piropos. Y hablo yo y digo, como D. Basilio en la ópera de mi tocayo: *¿A quién engañamos, pues, aquí?* ¿quién diantres impide que la establezcan? Alguno hay que habla de mala fe, y deben de ser el pueblo, los Estamentos y los periódicos, porque en cuanto al Gobierno, ¿cómo dudar de él, cáspita, siendo tan patriota?

Me podrás decir que a pesar de cuanto llevo escrito hay libertad de imprenta, sólo que está cara, como bocado delicado que es. Cierto: por dos mil reales te puedes dar un hartazgo, por cuatro mil dos hartazgos, y así progresivamente hasta la cantidad de tres hartazgos, porque en llegando a ese número simbólico, como le llama Dupuis, mueres de un causón. Yo pienso usar de ese medio, y darme algún día hasta dos;

los primeros doscientos duros que yo vea reunidos, los tengo ya destinados a un día de asueto. Es lo malo que si me recogen antes de que me lean habré pagado caro el placer de un monólogo escrito; pero siempre me queda el recurso de aprenderlo antes de coro, y de irlo diciendo a mis amigos, los cuales son tantos, que vendrá a ser como imprimirlo. Por fortuna no está previsto en el reglamento el caso de que uno se sirva de imprenta a si mismo. Sólo me detendría el temor de causar una desazón al Gobierno, quien al tomar los ejemplares y los cuatrocientos, bien sé yo que se le había de caer la lágrima tan gorda.

De lo que puedes vivir seguro es de que esas multas no se aplican a pago de censores; seis meses hace que están los pobrecitos echando rúbricas día y noche como en barbecho en cuanto papel les cae debajo, sin ver la cara de un rey en una mala moneda: eso parte el corazón. Digo, si fuese gente interesada como muchos creen, vive Dios que no necesitan ellos que nadie les dé un maravedí por atajar el paso a la licencia. Hombre hay que con tan buen fin daría dinero encima de lo suyo si, censor o no censor, hubiera aquí hombre que lo tuviera; aún harán más probablemente, que será dejar parte del sueldo, que no co-

bran, para el donativo voluntario, a que obligan ahora a todo el mundo, con cuyos auxilios va la guerra que vuela. Es lo que muchos dicen: Ya quisieran ver á lo menos lo que dan, para formar una idea de lo que deberian tomar. Sueldo, Dios le dé, pero rúbricas no faltan. Censor conozco yo a quien le presentaron en un mismo día la cuenta de su lavandera y el contrato matrimonial de su hija, y en la primera puso: *imprimase*; y en el segundo, *no puede correr, por ser contra las prerrogativas del Altar y del Trono, y encerrar alusiones inmORALES*. Y tenia razón, porque al matrimonio se sigue lo que tú sabes, cosa por cierto inmoral y hasta fea en cuanto a ornato.

Chanzas aparte, no es el mio, que es hombre, en verdad, racional, si los hay, y de él estoy tan contento que el día que me lo quiten, como es de presumir, me arrancan un pedazo del alma y el cuerpo todo entero, que a fuerza de verdades alimento.

Dejemos a un lado esas boberias de la libertad de imprenta, que se parece al dinero en lo indispensable, y en lo filosóficamente que sin la una y sin el otro vamos trampeando.

Ya sabrás en París los asesinatos del santuario de Hort; hicieron eco en Barce-

lona, y hubo allí la de Dios es Cristo. Muchos liberales se afligieron, y yo también me afligí, ¡vaya! Pero no precisamente en cuanto liberal, sino en cuanto hombre. Une estos que llaman atentados, y que realmente lo son, con los de los conventos, y remontándote más arriba, con los del 17 de julio, de triste recordación para los frailes de Madrid, y te diré una cosa.

Cuando yo veo a los principales pueblos de una nación alzarse tumultuosamente, y a pesar de las guarniciones y de la Guardia Nacional, y del poder del Gobierno, atropellar el orden y propasarse a excesos lamentables en distintos puntos, en épocas diversas, y a despecho de los sentimentales sermones de los periódicos, difícilmente me atrevo a juzgarlos con ligereza. Mientras mayores son los excesos, más increíble el olvido de las leyes y más fuerte la insurrección, más me empeño en buscarles una causa. Ni en el orden físico ni en el moral comprendo que lo poco pueda más que lo mucho; no comprendo que pueda suceder nada que no sea natural, y para mí natural y justo son sinónimos. De donde infiero que una insurrección triunfante es cosa tan natural como la erupción de un volcán, por perjudicial que parezca. Una causa no es una defensa, pero es una disculpa, desde el momento en que se me

conceda que una causa dada ha de tener forzosamente un efecto.

Ahora bien; ¿en dónde ve el pueblo español su principal peligro, el más inminente? En el poder dejado por una tolerancia mal entendida, y, por muy largo espacio, al partido carlista; en la importancia que de resultas de la indulgencia y de un desprecio inoportuno ha tomado la guerra civil. ¿No veía en los conventos otros tantos focos de esa guerra, en cada fraile un enemigo, en cada carlista preso un reo de Estado tolerado? ¿No procedía del poder de esos mismos enemigos, dominantes siglos enteros en España, la larga acumulación de un antiguo rencor jamás desahogado? ¿Qué mucho, pues, que la sociedad acometida en masa, en masa se defienda? ¿Qué mucho que no pudiendo ahogar de una vez al enemigo entre sus brazos, se arroje sobre la fracción más débil de él que tiene más cerca y a su disposición? Sólo puede ser generoso el que es ya vencedor; si al Gobierno le es dado juzgar y condenar legalmente, es porque está fuera de combate, porque representa a la justicia imparcial. Pero se pretende que de dos atletas en la fuerza de la pelea, el uno continúe su victoria hasta acabar con su enemigo, y que éste se contente con decirle: «¡Espérate, no me mates, que voy a dar

parte a la justicia, que es de mi partido, para que ella te ahorque!»

El pueblo no es el Gobierno; es más fuerte que él, cuando éste no comprende y satisface sus necesidades; y prueba de ello es que lleva a cabo sus atentados sin que aquél los pueda prever ni impedir. No es esto alabar los atentados, sino decir los inconvenientes de las revueltas, y que por malos que parezcan son naturales, como es malo, pero natural, que un río atajado por diques, inferiores a él, se salga irritado de madre e inunde la campiña que debiera fertilizar mansamente.

Nota aquí una cosa. Quien pudo hace un año dar salida conveniente a ese río no lo supo hacer, y cuando llega la avenida se queja del río. Quéjese de su torpeza, que no calculó antes de poner los diques la fuerza que el agua traería. El Gobierno no supo a tiempo contentar a los pueblos y dar salida legal a su justo enojo, y su sucesor, que heredó la culpa, se queja ¿de qué?, ¡de que los pueblos no son de cartón, como uno y otro creyeron!

Recorre la Historia: en ella aprenderás que un asesino nunca puede ser justo, pero cuando no es uno, cuando no es una facción, cuando son los pueblos enteros los que asesinan, rara vez dejan de obrar naturalmente. Que no fueron entre nosotros

cuatro malévolos, mal pudiera negarlo el Gobierno mismo, pues a haberlo sido, ¿cómo no hubiera estado en su mano sujetarlos? De donde infiero que los desórdenes del pueblo, o son naturales y justos cuando el Gobierno no los puede contener, o son culpa del Gobierno cuando puede y no sabe o no quiere. Argumento sin contestación.

Pero eso sí, vivimos en el tiempo de la legalidad. Los principales motores fueron presos y trasladados a Canarias. Por supuesto, me dirás, previa formación de causa y la competente condenación de los Tribunales. Claro está. ¿Cómo quieres tú que un Gobierno que se queja de los excesos del pueblo vaya él a cometerlos? Un Gobierno, que no puede como el pueblo disculparse con la seducción y la irritación de las pasiones, ¿había de atropellar las leyes, de que es guardián y ejecutor, con la misma facilidad que ese pueblo a quien castiga por haberlas atropellado? ¿Pues no ves que si el Gobierno hubiera atropellado las leyes para castigar los atropellos de otros, debería haber empezado por embarcarse él para Canarias, y decir: *Marchemos todos francamente, y yo el primero, por la senda de presidio?* Vaya, Andrés, que eso ni suponerse puede, y si te cuentan que tal caso ha sucedido, puedes decir que el que lo cuente es un malévolo de esos que

traen la anarquía en el bolsillo. Diría el Gobierno y diría bien: «Yo no hice tal cosa, y si la hiciera, ¿qué diferencia habría entre los atentados del pueblo y los míos? Porque, en fin, mientras que la ley no le ha declarado reo, el condenado es asesinado; en ese caso no habría entre mi atentado y el del pueblo más que una diferencia; a saber: que el pueblo asesinó malamente carlistas, y yo asesino malamente liberales.»

Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo.

Puedes estar seguro de que hay causa; y si no se les ha formado, es porque andamos de prisa, o por mejor decir, lo que ha ido a Canarias no ha sido una cadena de culpables, sino una comisión artística compuesta de liberales, que van a costa del Gobierno a acabar de descubrir aquellas islas, y escribir una memoria de las alturas del globo, y a dar testimonio al mundo, sobre todo, de la altura a que estamos, tomando el meridiano del pico de Tenerife.

También te habrán contado posteriormente otra pequeña arbitrariedad ejecutada oficialmente en una vieja, en virtud de un *cúmplase* de un héroe. ¡Dios nos libre de caer en manos héroes! Sólo te diré que a lo menos en Barcelona tuvieron que acometer una fortaleza y exponerse a ser rechazados. Bueno es remontarse a las cau-

sas de las cosas, al tronco, y no a las ramas. Es así que la primera causa de que existen facciosos fueron las madres que los parieron; ergo quitando de en medio a las madres, lo que queda. Los teólogos dicen: *sublata causa tollitur effectus*. Es lástima que no haya vivido el abuelo, porque mientras más arriba, más seguro es el golpe. Pero hemos tenido que contentarnos con la madre. Está probado que así como Sansón tenía la fuerza en el pelo, los facciosos tienen el veneno en la madre, que viene a ser la hiel de ellos. En quitándosela se vuelven como malvas: así lo ha probado la experiencia, porque de resultas el otro no ha fusilado más que a treinta. ¿Quién sabe los que hubiera fusilado si hubiera tenido madre todavía? Luego las mujeres son las que están impidiendo la felicidad de España, y hasta que no acabemos con ellas no hay que pensar tener tranquilidad. En cuanto a las hermanas, como estaban casadas con guardias nacionales, les tocaba fusilar la mitad a los de allá, y la otra mitad a los de acá; pero nosotros, más desprendidos, no quisimos perdonar ni la mitad que nos tocaba, y lo fusilamos todo. ¡Bienaventurados en tiempos de héroes los incluseros, porque ellos no tienen padre ni madre que les fusilen!

Pasadas estas etiquetas de reciproca cor-

tesia, dieron en correr voces de que el ejército estaba descontento, y que la guerra de Navarra no iba lo ligera que debía. Felizmente para todos, algunos amigos tuyos y míos, que así saben mover la pluma como esgrimir la espada, enderezaron la opinión en artículos luminosos, probando lo que ninguno debía tener olvidado, que las guerras civiles son largas, a pesar de todos los programas del mundo; que éstos son, por el contrario, los que tienen corta vida, que así las civiles como las demás se sostienen con dinero y con soldados: que un Gobierno en lucha con una facción pierde más cuando pierde una batalla que adelanta cuando la gana, y que una derrota nuestra nos quita más honra que gloria da a la facción; que por lo tanto es fuerza no aventurarse sino a ciencia cierta; que la guerra no se hace en el Ministerio, sino en Vizcaya; que de real orden se llevan y se traen jueces, se envían buques a Canarias y se conquistan votos, pero de real orden no se ganan batallas; que algunos descabros nuestros han sido debidos a reales órdenes; que para hacer la guerra se necesita un plan; que para tener plan es preciso que el general sea solo responsable, y que Córdova, en fin, sin que haya necesidad de llamarle héroe, tiene un plan, el cual es forzoso dejarle llevar a



cabo, siquiera porque no ha habido hasta ahora otro mejor que el suyo.

Tales razones nos convencieron; fué bien acogida la representación del ejército; y si bien ninguno de los que hablaban fué a dar su brazo en vez de su voto, al fin no se admitió la dimisión, y sigue el general, y su plan, y la guerra de Navarra, en el mejor estado posible.

Mientras todo esto pasaba, echáronse encima las *próximas elecciones*, hoy ya pasadas, y porque digo se echaron encima no vayas a pensar alguna tontería. Dijeron muchos si habría amaños o si no habría amaños; que se escribió largo y se intrigó más. Lo primero sólo prueba cultura en el país; lo segundo arguye talento. ¡Vaya usted a impedir que hablen las gentes! Para que no fuesen las elecciones muy populares, bastante amaño era ya la propia ley Electoral, en virtud de la cual debían elegir los electores nombrados por los Ayuntamientos y los mayores contribuyentes. No hay cosa para elegir como las muchas talegas: una talega difícilmente se equivoca; dos talegas siempre aciertan, y muchas talegas juntas hacen maravillas. Ellas han podido decir a su Procurador por boca de los mayores contribuyentes la famosa fórmula aragonesa: «Nos, que cada una de nos valemos tanto como vos, y todas jun-

tas mucho más que vos, os hacemos Procurador.»

Luego los elegidos habian de tener 12.000 reales de renta: gran garantía de acierto; por poco que valga un real en estos tiempos, no hay real que no valga una idea, sin contar con las muchas que hasta ahora hemos visto que no valian un real, y con los varios casos en que por menos de un real daría uno todas sus ideas; bueno es siempre que haya reales en el Estamento por si acaso no hubiese ideas. Tanto mejor si hay lo uno y lo otro.

No es menos importante lo de los treinta años; no es menos simbólico ni cabalístico el número de treinta que el de tres tan citado, y de que es décuplo; treinta días tiene el mes, treinta minutos cada media hora, por treinta dineros vendió Judas a un Dios, treinta años representa la vida de un jugador, y treinta años, en fin, la capacidad de un Procurador. Muchos filósofos han creído que cuando el hombre nace, el Ser Supremo, que está atisbando, le sopla dentro el alma por medio del mismo procedimiento que usa un operario en una fábrica de cristales para dar forma a una vasija; pero eso es el alma, mas no la capacidad y la facultad de procurar; esta tal otra quisicosa se la infunde el Criador el día que cumple treinta años, por la maña-

nita temprano, así como la aptitud legal y la mayoría se la comunica a los veinticinco. ¡Oh tú, Andrés, que no los has cumplido!, está con cuidado el día que los hayas de cumplir, y escribeme para mi gobierno lo que sientas en ese día; dime por dónde entra la capacidad, y hacia dónde se coloca en tu persona; prevenido de esa suerte de los síntomas que la anuncian, podré yo hacer a la mía, el día que me baje, el recibimiento que se debe a tan ilustre huésped. ¿Cuándo tendremos treinta años? Aquel día seremos ya unos hombrecitos.

Bien ha habido hombres que han discurrecido antes de los treinta años, pero esos son fenómenos portentosos, raros ejemplos de no vista precocidad; y en cuanto a Peel y otros de su especie, ministros ya mucho antes, ni siquiera es posible considerarlos como monstruos de la Naturaleza; es fuerza inferir error de cálculo y mala fe en la de bautismo.

El haber nacido en la provincia o tener en ella arraigo no es de menos importancia, si recordamos que las primeras impresiones se graban para siempre en la cabeza del niño, y deciden de lo que ha de ser después cuando grande; ni es posible que un hombre conozca su provincia y se interese por ella si no ha nacido por allí cerca. Puede suceder que una provincia

tenga más confianza en la reputación, en el saber de un forastero; pero páselo en paciencia la buena de la provincia, que más pasó Cristo por ella.

Dicen, sin embargo, que todos los electores no han tenido presentes todas esas verdades; así que unos Procuradores no han nacido; otros no tienen la renta, ¡qué sé yo! Esto tiene compostura habiendo comisión de poderes, y en todo caso se aplica la renta de unos a otros, como hacen los buenos cristianos con los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, que valen mucho más que las rentas; y así poniendo de aquí y quitando de allí tengo para mí que se ha de remediar. Y aun yo diría más. Don Juan Álvarez Mendizábal fué elegido, por ejemplo, por Barcelona, siendo natural de Cádiz, y no habiendo residido en Cataluña. Decían: pero no tiene nada suyo en Cataluña, sino los electores; ¿pues eso no es tener? ¿No valen tanto, por lo menos, los electores como una casa, o una tapia, o unas cuantas fanegas de pan llevar? ¡Sino que poniéndose a hablar las gentes!...

Por lo demás es sabido que el Gobierno no ha influido absolutamente nada en las elecciones, y desde luego se dijo que eran a pedir de boca. Para que formes una idea, han salido elegidos los sujetos siguientes:

Por Barcelona, como llevo dicho, don Juan Álvarez Mendizábal.

Por Cádiz, D. Juan Álvarez Mendizábal.

Por Gerona, D. Juan Álvarez Mendizábal.

Por Granada, D. Juan Álvarez Mendizábal.

Por Madrid, D. Juan Álvarez Mendizábal.

Por Málaga, D. Juan Álvarez Mendizábal.

Por Pontevedra, D. Juan Álvarez Mendizábal, etc., etc., etc.

Que es el cuento de pasó una cabra, y volvió y pasó otra, y volvió a tornar y a pasar otra cabra, y así sucesivamente.

Si oyes decir que se abre el Estamento, di que es broma, que quien se abre es don Juan Álvarez Mendizábal.

No habrás olvidado que los ministros de Estado y de Hacienda y el presidente del Consejo son D. Juan Álvarez Mendizábal, y que los otros ministros no son sino una manera de ser, distinta, sólo en la apariencia, del D. Juan Álvarez Mendizábal. Ahora figúrate el día que el Estamento D. Juan Álvarez Mendizábal pida cuentas al ministro D. Juan Álvarez Mendizábal..., aquí llaman esto un *Gobierno representativo*: sin que sea murmuración, confieso

que yo llamo esto un *hombre representativo*.

Una vez conocida la buena índole de las elecciones y la idoneidad de esos diversos señores procuradores, ocurrió la duda de si estas Cortes que iban a reunirse vendrían sólo para hacer una ley electoral mejor que las que les confiere su derecho; o si podrían constituirse revisoras. Quiénes se agarraron a la legalidad, diciendo que esto último sería ilegal; quiénes intentaron probar que lo de menos era la legalidad y que lo que importaba era la conveniencia. Por fin, salimos del atolladero, y parece que no tratarán de constituirse, por varias razones. Porque no han sido convocadas para eso. Porque siendo su objeto principal hacer una ley electoral en virtud de la cual puedan convocarse luego las revisoras, es claro que los demás asuntos que a ellas se sometan, por importantes que sean, habrán de ser subalternos al principal. La nación tiene un cimiento, y necesita una casa: en estas Cortes va a decidir cuáles han de ser las circunstancias del arquitecto que se la puede hacer a su gusto. Por consiguiente, todo lo que sea proceder a construir el que sólo está comisionado para designar el constructor, es hacer la casa y dejar para después el arquitecto; equivale a blanquear después de

pintar; es dejar al que venga detrás el derecho de poner en duda la validez de la construcción.

En estas disputas andábamos, cuando otro *run run* más terrible vino a poner nuevo espanto en nuestro corazón. He aquí que una noche corre la voz de que se va a poner la Constitución del año 12. ¡Bravo!, dije yo; esto es lo que se llama andar camino. Aquí no se sabe multiplicar; pero restar, a las mil maravillas. Vamos a quién puede más. El año 14 vino el Rey y dijo: «Quien de catorce quita seis, queda en ocho. Vuelvan, pues, las cosas al ser y estado del año 8.» El año 20 vienen los otros y dicen: «Quien de veinte quita seis, queda en catorce; vuelvan las cosas al ser y estado del año 14.» El año 23 vuelve el de más arriba y dice: «Quien de veintitrés quita tres, queda en veinte; vuelvan las cosas al ser y estado de febrero del año 20.» El año 1836 asoman los segundos, y éstos quieren restar más en grande: «Quien de treinta y seis quita veinticuatro, queda en doce; vuelva todo al año 12.» Éstos han pujado, si se exceptúa el del Estatuto, que más picado que nadie cogió y lo restó todo, y nos plantó en el siglo XV.

¡Diantre!, ¡si volveremos todavía a la venida de Tubal! Sepamos primero cómo

se entiende nuestro progreso. ¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia atrás o hacia adelante? Tengamos el cuento del cochero, que, montado al revés, arreaba al coche.

Ya te lo he dicho: tejedores, tejer y destejer. Nadie vende su tela, y nadie hace tela nueva.

Decían ellos que el volver atrás no era más que tomar carrera. ¡Dios los bendiga, y qué larga la toman!

Vamos claros. La Constitución del año 12 era gran cosa en verdad, pero para el año 12; en el día da la maldita casualidad de que somos más liberales que entonces; si te he de hablar ingenuamente, a mí me parece poco.

Las circunstancias del año 12, la guerra que sosteníamos apoyada en el fanatismo popular y el mayor atraso de la época, exigieron concesiones en el día no necesarias, ridículas.

En ellas hablan las Cortes en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Gran principio para una novena; buena es la devoción, pero a su tiempo; eso es adoptar, heredar de la monarquía el derecho divino; la sociedad puede servir a Dios en toda clase de gobiernos. El Supremo Hacedor no delega facultades temporales ningunas, ni en un soberano, ni en un congreso; la sociedad se hace ella

misma por derecho propio, sus reyes y sus asambleas. Cristo vino al mundo a predicar, no a redactar códigos. A Dios daremos cuenta de nuestras creencias, no a los hombres; reflexión igualmente aplicable al capítulo 2.º, artículo 12; porque el Salvador quiso convencer, no obligar, porque no quiere más homenajes que los voluntarios.

Item más: en la Constitución del año 12 no está consignada la libertad de imprenta, sino para las ideas políticas, y eso es decirle a un hombre: *Ande usted, pero con una sola pierna.*

En cambio nos impone como ley fundamental el amor a la patria y la obligación de ser justos y benéficos...; en cambio..., Andrés mío, callemos, porque, repito, que la venero, y tengo por indigno de un liberal poner en ridículo el paladión de nuestra independencia nacional, y la cuna de nuestra libertad, por fácil que eso sea. Pero la respeto, como Cristo respetó el testamento viejo, fundado el nuevo Veneremos el viejo código, y venga, no obstante, otro nuevo más adecuado a la época.

Parécense los hombres del año 12, amigo Andrés, al cura que no sabía leer más que en su breviario: o mejor al astrónomo en Vista-Alegre, que viendo su mesa puesta, pugna por sentarse a ella en cuan-

to le dejan un momento libre, en cuanto ve un resquicio por donde acercarse a la mesa. El caso es el mismo: todos le hacemos cumplimientos, pero no le dejamos sentarse. Unas veces se lo impidió el poseedor D. Pascual de la Rivera, otras los mozos de su fábrica... Convengo en que es una desesperación; pero culpen no a nosotros, sino a ellos mismos, que tantas veces se dejaron interrumpir antes de llegar el bocado a la boca.

Aténgome a su artículo, que dice:

«La nación española es libre e independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona.»

Esto digo yo: entre a gobernar, no éste ni aquél, sino todo el que se sienta con fuerzas; todo el que dé pruebas de idoneidad. Basta de ensayos. A eso nos responden ellos: «¿Y dónde están esos hombres?» ¿Dónde han de estar? En la calle, esperando a que acaben de bailar los señores mayores, para entrar ellos en el baile.

«¿Cómo no salen esos hombres?», añaden. ¡Cómo han de salir! De Calomarde acá, ¿qué protección, qué ley electoral ha llamado a los hombres nuevos para darles entrada en la república? Cuenta, sin embargo, con ella, y llámelos la ley presto; ¡déjese entrar legalmente a los hombres del año 1836, o se entrarán ellos de rondón!



En conclusión, hombres nuevos para cosas nuevas; en tiempos turbulentos hombres fuertes, sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya ilusiones todavía, hombres que se paguen de gloria, y en quien arda una noble ambición y arrojo constante contra el peligro.

«¿Qué saben los jóvenes?», exclaman. Lo que ustedes nos han enseñado — les responderemos —, más lo que en ustedes hemos escarmentado, más lo que seguimos aprendiendo. ¡Y qué eran ustedes el año 12! Nosotros fundaremos nuestro orgullo en ser sus sucesores, en aprovechar sus lecciones, en coronar la obra que empezaron. Nosotros no rehusamos su mérito; no rehusen ellos nuestra idoneidad, que el árbol joven es la esperanza del jardinero, si el viejo ya le da sombra.

Según el miedo que tienen de que la juventud entre en los puestos, no parece sino que es posible hacerlo peor que ellos.

Para el año 1836 la única Constitución posible es la Constitución de 1836.

Una idea te diría, si no la hubieras de contar, y sólo a ti te la diría, porque ellos la tomaran a personalidad, si de ella hiciese un artículo, y sabe Dios que no lo digo por tal. Mucho venero a los hombres de otra época, Andrés mío; mucho saben, sobre todo, en no hablándose de gobernar,

para lo cual ya nos han manifestado repetidas veces hasta dónde rayan; mucho saben, y tanto, que no sólo no los lanzaría yo de la república, sino que los guardara muy guardados como guardaban los romanos los libros sibilinos, para consultarlos con el mayor respeto; de ellos armaría una biblioteca viva, donde vueltos de espaldas en muy pulidos estantes, leyese el estudioso encima: «Fulano, de Economía Política; Mengano, de Reformas Constitucionales; Zutano, de la Guerra de la Independencia; Perengano, de Metáforas y del Espiritu del Siglo, etc., etc.»; de suerte que no hubiese más que volverlos y hojearlos en un apuro, cuidando mucho de quitarles antes y después el polvo, y de tornarlos a volver hasta otra duda, como pergaminos preciosos.

Ahí verás tú si los respeto y los tengo en estima.

Hasta aquí de la Constitución y de los hombres del año 12. Pasó el susto, y la noticia, como habrás visto, no tuvo consecuencia. Sin duda el ruido que metió fué el último cumplimento de despedida que nos hizo.

No ganamos para sustos. Posteriormente se cruzaron de palabras el pueblo de Valencia y su capitán general. Éste tomó una porción de providencias, entre otras las de

Villadiego; con cuyo ingenioso arbitrio no le pudieron haber los valencianos, que es decir, que ha podido más que ellos, que se ha burlado de ellos. Tiene mucho talento. Buen chasco se han llevado. Así, así; a los alborotadores hay que jugarles esa partida; con eso escarmientan. A buen seguro que si Basa hubiera hecho otro tanto, no le hubieran deshecho a él, y el pueblo de Barcelona se hubiera llevado el mismo chasco que el de Valencia. ¿No queréis capitán general? Pues tomad capitán general. ¿No te figuras tú al pueblo de Valencia buscando a su capitán general por todas partes, como quien busca una sanguijuela extraviada, y él trota que trota para Madrid? A mi me hace morir de risa. Es lo que él dice: «Pues qué, ¿querían ustedes que me mataran?» ¿Qué habíamos de querer?

Conque ahora está aquí bueno, gordo y tranquilo; no ha sido poca fortuna el poderlo contar.

En Zaragoza fué por otro estilo: salieron unos carlistas sentenciados a qué sé yo qué boberia; se levantó el pueblo, sitió a los jueces y dieron en quererlos juzgar. Al maestro, cuchillada. Pero no les da el naipe para esos pasajes a los jueces de Zaragoza, como a los capitanes generales de Valencia.

Entre tanto el ministerio de Gracia y Justicia sigue siempre de mudanza, y hace bien, porque el juez que no da fruto en una tierra lo da en otra. El juez ha de ser como el zapato, hecho al pie; por eso el que no le viene bien al uno, le viene bien al otro.

Para eso el de la Gobernación no se mete con nadie, ni habla mal de nadie. Es un excelente señor; a su oficina y no más. Da lástima hacerle daño, y sería completo si se le volviese *C* la *H* de su apellido; pero llámalo *h*.

En cuanto al de la Guerra, nadie sabe una palabra de él.

En mi última te pintaba en globo la confusión que en el Estamento y fuera de él había causado la ley Electoral, y te añadía :

«Yo, por el pronto, sólo veo clara una cosa, y es que para el 22 de marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Cortes... que para entonces es probable que empecemos a entendernos... y que seguramente no tendremos facción, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, o no tendremos Ministerio, si no la cumple, porque estará caído, etc.»

De todas estas profecías sólo en la primera acerté, porque en cuanto a entendernos da gusto. Unos dicen que Mendizábal

es el primer hombre del mundo; otros que no es tal, sino el último; que el primero es Istúriz y Galiano; te advierto que éste son dos; otros que ni Istúriz ni Mendizábal; no sé qué te diga; quién asegura que éste puede durar unos quince días, quién defiende que durará más que un constipado mal curado; éste no ve más que el prestigio que tiene todavía en las provincias, el cual no se destruye tan fácilmente, sobre todo cuando no deja de tener algún fundamento; aquél no atiende más que al descrédito en que ha caído en sus corros y cafés, y cree que toda la nación puede juzgarle con igual talento y tan de cerca como él. Éstos disputan que no hay hombres aquí; aquéllos que sí hay hombres; los de la izquierda que hay dinero; los de la derecha que no hay un cuarto; estoy por éstos. Quién opina que la guerra es inacabable, quién la da por acabada, añadiendo que no falta más que tirar una línea; uno dice que el mal de España no tiene remedio; otro que ésa es la mejor señal que empieza la revolución, y que en Francia sucedía lo mismo, a pesar de que todo era diferente; varios juzgan que el rigor es de justicia, y que el árbol de la libertad se riega con sangre; algunos creen que la humanidad repugna tales horrores; no falta quien piensa que es guerra de empleos,

y sobra quien no piensa ni eso ni nada. Pero todos somos liberales y vamos a una; eso sí. Por lo cual esto se acabará pronto de un modo o de otro; en prueba de ello te puedo decir que se empiezan ya a acabar dos cosas: el dinero y la paciencia.

Pero son tantas las opiniones, en fin, y los hechos que se acumulan, y tantas las cosas que van a suceder, sin contar las que han sucedido desde la apertura de las Cortes, que me es indispensable reservarlas para otras cartas: me limito en ésta a ponerme al corriente, saliendo del atraso de noticias en que te tenía. En lo sucesivo aprovecharé todas las ocasiones posibles de escribirte, y al siguiente correo para Francia recibirás la inmediata, salvo extravío, golpe de mano airada o caso fortuito.

Si en el interin, y en medio de ese conflicto de opiniones encontradas, me pides la mía, te contaré un caso que juzgo oportuno.

Sitiaban los franceses al mando del mariscal Moncey esa misma Valencia, que en distintas épocas han mandado el Cid y Carratalá. Reuniéronse en tan grave apuro el Ayuntamiento y las personas más ricas del pueblo, entre las cuales quedóse dormido de confusión y pesadumbre un confitero, que entendía más de ramilletes

que de disturbios políticos. Iba diciendo cada uno en la asamblea su opinión como mejor lo entendía. Llegada que le fué su vez a nuestro hombre : «Y usted — le dijo sacudiéndole del brazo el que a su lado tenía —, ¿qué piensa?» «Si, ¿cuál es su opinión de usted?», preguntaron todos a un tiempo; a cuya pregunta contestó despertando y todo despavorido el confitero : «Mi opinión, sí, mi opinión, señores, es de que ¡Dios nos asista!» En cuyo voto imitaba el confitero la rara discreción del P. Froilán Díaz, confesor de Carlos II.

Eso mismo opino yo, Andrés mío, por ahora, y mientras no vea levantarse en masa a la nación para ahogar de una vez y para siempre el monstruo que en el Norte nos devora, en vez de entretenerse en cuestiones secundarias y en rencillas personales, de las cuales debiera el país hacer justicia, como del orgullo mezquino y de la loca vanidad de sus dueños. Tu amigo, *Fígaro*.

FIN





D
16

D-2

1695

GRANDS (COMPTON) - MATHEMATICS DEPARTMENT - FORM 11-1-58